APOSTOLADOS MENUDOS

Comulgantes de Jesús de cada mañana,
¡Sed los apóstoles de Jesús de cada hora!

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

PESENTACIÓN

¡Apóstol!

4914 *¡Apóstol! Bella palabra, quizá la más bella con que se puede calificar a un hombre noble, a un cristiano bueno.*

¡Ser apóstol! Aspiración de almas grandes, generosas, heroicas. ¡Ser apóstol! Es llenarse hasta rebosar, *de Jesucristo, de su doctrina, de su amor, de su virtud, de su vida y* mojar *hasta* empapar *a todo el que nos toque o se nos acerque del agua que nos rebosa. Es* hartarse *hasta* embriagarse *del vino del conocimiento y amor intensos de Jesucristo y salir por las calles y plazas ebrios... Es hacerse* loco *de* un solo tema *que sea: Jesús crucificado y sacramentado está y no debe estar abandonado...*

Abandonado, porque no se le conoce, no se le ama, no se le come, no se le imita...

4915. *¡Ser siempre apóstol! ¿Puede haber corazón sinceramente piadoso que no tenga por aspiración constante la realización de este deseo? Estar siempre haciendo algo con la palabra o la intención para que Jesús, el Jesús-Rey de nuestro corazón y centro de nuestra vida, sea un poquito más conocido, amado, servido, imitado y glorificado, ¿qué alma sinceramente cristiana no lo desea y procura?*

Pero yo, pobre clérigo o seminarista, sin dinero, sin influencia, sin brillo social. Yo, pobre obrero, sirvienta, atareado hombre de negocios, juguetón niño, estudioso joven, débil jovencita, ocupada madre de familia, ¿puedo yo ejercer ese constante apostolado? ¿Cómo puedo yo ser siempre apóstol?

A contestar esas preguntas vienen estas paginillas enseñando modos de apostolados fáciles y compatibles con todas las clases de personas y situaciones. Apostolado menudo *llamo a esos modos y plegue al Amo que la facilidad y suavidad de su ejecución multiplique los apóstoles y los apostolados y con unos y otros la vida del Sagrario en las almas y en los pueblos.*

Por qué apostolado menudo

4916. *Y llamo* menudos *a estos apostolados por razón:*

1º De la misión *que no es misión oficial y solemne como la de los obispos, sucesores por misión divina de los apóstoles.*

2º De las personas, *que no han de ser siempre personajes, como grandes escritores, doctores, predicadores, sino que los pueden ejercitar a más de esos señores, si quieren, hasta los niños y viejecitas y gente sin letras ni grados.*

3º De los lugares, *que no han de ser grandes escenarios de púlpitos, cátedras, templos, numerosos auditorios, sino en cualquier ocasión o coyuntura favorable.*

4º De la materia, *que no han de ser sabias epístolas, profundas encíclicas, elocuentes sermones, sino ratillos de conversación, cartas de amigos, servicios insignificantes, hasta sonrisas y gestos.*

Y 5º Del tiempo, *porque estos apostolados no lo tienen señalado, sino que han de* menudearse, *mientras más, mejor, hasta el punto de que a cada hora y en cada ocupación y en cada palabra y en cada mirada nuestra, los que nos rodean puedan sentir* algo *de Jesús, presente y vivo en nuestra alma, como el que pasa junto a un nardo o una violeta, huele el aroma, aunque no vea la flor.*

La gran razón y el gran impulsor de estos apostolados menudos

4917. *Yo no conozco mejor y más decorosa acción de gracias de la misa celebrada y de la comunión recibida cada mañana, que el celo por hacer sentir a los que nos rodeen la presencia de Jesús Inmolado, ¡el Cordero de Dios! en nosotros.*
Comulgantes de Jesús de cada mañana, ¡sed los apóstoles de Jesús de cada hora!

4918. Apóstoles de la presencia de Jesús, *salid en su nombre por todas partes enseñando más con vuestras obras que con vuestras palabras, y de todos los modos que os sugiera el Espíritu Santo esta grande y consoladora verdad: Que Jesús, no sólo está realmente en los Sagrarios, sino en las almas y en la vida de los buenos comulgantes...*

I. LA LEY DEL APOSTOLADO MENUDO

Todas sus leyes se reducen a esta sola: *que se ejerza.*

El apostolado entre semejantes

4919. Rarillo es, en verdad, el título; pero os confieso que no he encontrado en mi pobre majín otro más adecuado y expresivo, y así y todo, he menester echarle una mano para sacarlo a la claridad del día.
Después de todo, quizá debería llamarse este capítulo *Menudencias del apostolado,* mejor que *Apostolados menudos,* que más que de un apostolado aparte, voy a hablar de un condimento esencial a todos ellos.

4920. El apostolado es obra de *misión* y de *amor:* de misión, por parte del que envía al apóstol, que éste es siempre un enviado, y si no es un entrometido y un impostor, y de amor, por parte del apóstol mismo, que si tiene sólo misión y no amor a lo que es enviado, será un recadero, un comisionista, un viajante, pero no un apóstol.

¡El amor del apóstol!

4921. Si no fuera porque me haría muy largo, me detendría ahora, no en demostrar la necesidad de ese elemento en el apostolado, que eso salta a la vista, sino en apuntar y lamentar el sinnúmero de fracasos de hartos apostolados, tanto en el bien como en el mal, precisamente por la falta o poca cantidad del amor apostólico.
Resígnome a sentar esa observación y prosigo mi razonamiento.

4922. *Si apostolado es amor,* y amor como de fuente llena que se desborda y como fuego que se deshace en ganas de calentar e incendiar a muchos, el apostolado, como el amor, presupone igualdad o semejanza, o a todo trance la procura; entre el que lo ejerce y lo recibe.

El puente de la semejanza

4923. *El semejante se goza con su semejante,* dijeron los antiguos y le experiencia de los siglos confirma que el amor o la amistad entre dos nunca se entabla, ni muchos menos, se estrecha, sino cuando entre esos dos se tiende el puente de semejanza o igualdad.

El blanco, naturalmente, se hace más pronto amigo de otro blanco, que de un negro; el niño, de otro niño que de un viejo; el cristiano, mejor de otro que del que no lo es; el que quiere ser cristiano bueno, de otro que le parece justo, más que del que le parece pecador o licencioso.

Y si encontramos algunas excepciones a esa ley del amor entre semejantes, más que excepción de la ley, es modo distinto, oculto, inconsciente, raro, si queréis, de cumplirla o preparación para ella.

¿Excepciones o confirmaciones?

4924. Sin duda conoceréis no pocos casos de matrimonios de una desemejanza y desigualdad tales que os ha obligado a preguntaros y a preguntar a vuestros amigos: ¿Pero cómo *Fulano*, tan listo, tan sabio, ha podido querer y adaptarse a *Zutana* que, si no es tonta, lo parece?

Si estudiáis un poco a fondo el caso, veréis que aquella disparidad es sólo aparente y que o el *Fulano* no es, en realidad, tan sabio, sobre todo con talento práctico, o que la *Zutana* no es, en realidad, tan tonta, o que lo que a ésta le falta de cabeza le sobra de corazón o de alguna otra buena prenda para contrarrestar y establecer el equilibrio con lo que a aquél le falta.

Repito: el amor presupone la semejanza o la procura a todo trance, y si no se va.

El puente del apostolado

4925. Con la luz de esta verdad, que es a la vez un hecho permanente, alumbremos la gran obra del amor que es el apostolado.

¿El apóstol es sabio y ha sido enviado a ignorantes?

¡Que no vaya a ellos como sabio, sino como ignorante!

¿El apóstol es rico y es grande y ha sido enviado a pobres y pequeñuelos?

¡Que no se llegue a ellos fastuoso ni encumbrado, sino modesto y chico o achicado!

El fulgor de la sabiduría, del dinero y del poderío del apóstol podrá producir deslumbramientos, asombros, hasta admiraciones; pero, ¿atracción, adhesión y lealtad de cariño? No.

Falta el *puente* de la *semejanza* para que pueda pasar éste.

El gran puente

4926. ¡Bendita, adorable, y nunca bastantemente agradecida Encarnación del Hijo de Dios, verdadero y colosal y eterno *puente* de *semejanza* tendido entre Dios y el hombre para que por él venga el gran Enviado del Padre celestial vestido de hombre y hasta con apariencias de pecador y por Él vaya el cariño rendido y sobre todo cariño de sus adoctrinados y redimidos.

apóstoles grandes y menudos, ¿os habéis ocupado y preocupado del *puente* de vuestro apostolado?

El puente descrito por san Pablo

4927. San Pablo, el por antonomasia llamado apóstol, describe la ley de semejanza que debe regir los apostolados fecundos con aquella consoladora y aliviadora descripción del sacerdocio de Cristo. «No es tal nuestro pontífice, que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias: habiendo *voluntariamente* experimentado todas las tentaciones y *debilidades*, a excepción del pecado, por razón de la semejanza con nosotros»[1].

¿Razón y fin de esa semejanza? Él mismo prosigue: «Lleguémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, a fin de, alcanzar misericordia».

[1] Hb 4,15

4928. Si Jesús, el gran Apóstol y Maestro y Padre de todos los apóstoles, para ganarnos el amor se ha hecho semejante a nosotros en la pobreza, en la enfermedad, en la tentación, en la muerte y en todo, ¿cómo no habrá de escoger para apóstoles, no a ángeles ni a santos del cielo, sino a hombres de la tierra, y como tales, de barro, con las flaquezas y fragilidades del barro...?

Y con todos esos apóstoles de barro quebradizo se ha levantado y formado y sostenido la Iglesia de los hombres de barro también y seguirá sosteniéndose hasta la consumación de los siglos.

4929. ¡Qué bien, qué maravillosamente bien entendió y practicó el apóstol Pablo la ley apostólica de semejanza por él tan bellamente predicada!

Leed, entre otros ejemplos, ese trozo de su primera Epístola a los Corintios[2].

«En verdad que estando libre o independiente de todos, de todos me he hecho siervo, para ganar más almas.

Y así con los judíos he vivido como judío, para ganar a los judíos; con los sujetos la ley o *prosélitos*, he vivido como si yo estuviese sujeto a la ley (con no estar yo sujeto a ella), sólo por ganar a los que a la ley vivían sujetos; así como con los que no estaban sujetos a la ley *de Moisés*, he vivido como si yo tampoco lo estuviese (aunque tenía yo una ley con respecto a Dios, teniendo la de Jesucristo) a trueque de ganar a los que vivían sin ley.

Híceme flaco con los flacos para ganar a los flacos.

Híceme todo para todos para salvarlos a todos.»

Ése es el apóstol de Cristo, el que es de todos y es nada.

Con los sabios, sabio sin arrogancia; con los ignorantes, sobrio y modesto en el hablar, como si lo fuera. Con los viejos, viejo; con los niños, niño; con este solo fin: ¡para salvarlos a todos!

¿Se entiende ahora la ley del apostolado, o sea, el *«apostolado entre semejantes»?*

De que se atienda o no esa ley de semejanza ¡cuánta cosecha de agradables sorpresas o de molestísimos e irritantes chascos!

4930. Y como no escribo para teorizar, sino para sugerir ganas y modos de trabajar por las almas, más que meterme en reflexiones sobre la aplicación de esa ley, al que pudiera llamar apostolado grande y oficial, prefiero estudiarla en lo que venimos llamando *Apostolados menudos*, o sea, los inspirados por el celo, que a las personas sólidamente piadosas impide ver con indiferencia y con brazos cruzados en torno o al alcance de ellas, ausencias y faltas de conocimientos, de amor e imitación de nuestro Señor Jesucristo.

A esas buenas almas, a las que el celo de la gloria de Jesús y de las almas hizo catequistas, maestros, visitadores de enfermos o de presos, Marías o Juanes de Sagrarios abandonados o poco frecuentados y a todos los corazones noblemente empeñados en apostolados menudos, digo:

4931. ¿Queréis dejar bien pegadas en las almas de vuestros catequizandos las enseñanzas que con vuestra palabra, vuestro ejemplo, vuestra abnegación y vuestra oración tratáis de inculcarles?

Pegadlas con cariño mutuo, de vosotros a ellos y de ellos a vosotros.

¿Que el vuestro está pronto, pero el de ellas os cuesta trabajo ganarlo?

Construid y echad el *puente* de la *semejanza* y veréis cómo los dos cariños se encuentran en el camino.

¿Que procuráis echar el puente, pero que no acabáis de cerrarlo?

Quizá os faltarán algunos sillares; buscadlos en donde podáis; el amor es ingenioso y buscador.

Un modelo de puentes de semejanza para uso de apostolados menudos

2 1Cor 9,19-22

4932. Llega a un pueblo un nuevo párroco y la primera dificultad con que tropieza es la locuacidad de las pocas *devotas* feligresas que concurrían al templo.

Las conversaciones y tertulias que en voz alta sostenían, en cuanto se acababan los cultos, eran la pesadilla del celoso nuevo párroco.

Consejos, avisos, exhortaciones, conminaciones en privado y desde el púlpito, y todo era inútil.

Las *devotas comadres* seguían sus charlas reunidas unas veces, o mientras arreglaban o desarreglaban los respectivos altares de que cada una cuidaba.

Tenía este buen párroco una piadosísima sobrina, escandalizada y apenada como él, del mal ejemplo de las feligresas, y de ella se valió para obtener el silencio deseado.

Procuró trabar amistad ésta con ellas, y valida de la misma les fue invitando, en *voz muy baja,* a hacer juntas el *viacrucis,* la visita al Santísimo Sacramento o la lectura espiritual, dando por resultado el silencio y el recogimiento más edificantes de aquellas habladoras contertulias del templo, y de todas las mujeres del pueblo.

¡Se había dado con el sillar que faltaba y se había tendido el *puente de la semejanza!*

Receta para obtener muchos modelos

4933. Es muy difícil a un catequista, a un apóstol social llegar a dar con el secreto de la semejanza con todos sus catequizandos; pero no le será tanto dar con el secreto de alguno o algunos.

Se observa que en toda agregación, sea de hombres, sea de niños, sea de doctos, sea de ignorantes, no todos tienen igual ascendiente sobre los demás; generalmente hay uno o dos que se imponen a los otros y a quienes éstos acatan de buen grado y quizá sin saber por qué.

Entre los niños he observado que ese papel de *mandón, indispensable, perdonavidas o de métome en todo* lo ejerce, ordinariamente, no el más guapo, ni el más bueno, ni el más rico, ni el más corpulento o valiente, sino uno cualquiera que, para colmo de contrastes, no pocas veces es cojo, tuerto, raquítico de cuerpo o lisiado.

No lejos precisamente de donde escribo estas páginas veo que está jugando a los *legionarios* una turba de chiquillos, y el capitán que los manda, y que lleva como distintivo de su jerarquía una olla agujereada por montera, es un cojito de unos cuatro palmos de alto. Y ¡con qué desenfado organiza y manda y con qué prontitud es obedecido de niños mucho más altos y presentables que él!

4934. Pues bien, ¿sabéis en dónde está el secreto de las imposiciones de esos jefes *indocumentados* y de las sumisiones y adhesiones inconscientes de esas masas, sea de niños, sea de obreros, sea de doctos?

En que hay *apostolado* con *puente* de *semejanza.*

En esos apostolados profanos, muchas veces del propio demonio y para fines endemoniados, el lugar del amor lo suplanta la simpatía, la adulación, la hipocresía, la fogosidad de carácter o simplemente la osadía del que da primero y cuenta con la *borreguez* de la masa, que no sabe andar sino detrás de otro. Y el puente de semejanza se lo da hecho la misma natural condición del improvisado apóstol, que es niño entre niños, obrero entre obreros, despechado y rebelde entre despechados y rebeldes.

Y con estos dos solos elementos el apóstol obtiene lo que quiere y hasta lo inesperado y, al parecer, imposible. Como que ése ha sido el secreto de las grandes revoluciones.

Pues bien, formar esos apóstoles no sólo entre semejantes, sino entre iguales, ésa es la gran obra de apostolado. ¿Cómo?

¿Cómo obtener apóstoles de entre los mismos sobre los que se ha de ejercer el apostolado?

4935. Lo he dicho ya: para que la doctrina del apóstol llegue no sólo a la mente, sino al corazón y a la práctica de los *apostolizandos*, es menester que entre uno y otro se tienda el *puente de la semejanza* y, a ser posible, de la *igualdad*.

Es menester llegar al apostolado del niño por el niño, del obrero por el obrero, del ignorante, si no por el que lo sea, por el que no alardee de sabio y así de los demás.

¿Cómo? Esto sí que es difícil, y para poner en aprieto a los más templados y en ejercicio complicado de ingenio, paciencia, caridad, humildad y oración a los que se lo propongan.

Como lo hacía el Maestro

4936. Por lo pronto, tomemos nota del proceder de Nuestro Señor Jesucristo, para adoctrinar a la muchedumbre de los pueblos.

Comienza su misión en la tierra, como dije antes, por hacerse Él semejante en todo a nosotros, haciéndose hombre y viviendo a lo hombre, y prepara su predicación y su obra de atracción por la *selección* de un grupo de semejantes, o, mejor, iguales a los que iba dirigida su misión. Escoge un grupo de pobres, rudos, jornaleros y judíos para ser apóstoles de muchedumbres, en las que abundarán los pobres, los rudos, los jornaleros y los judíos, y de esta suerte organiza el apostolado del judío por el judío, del obrero por el obrero y del igual por el igual.

4937. Sin dejar de adoctrinar Él mismo a las masas, dedicaba sus más largos ratos y explicaciones más luminosas y al pormenor, sus confidencias más íntimas y sus predilecciones más efusivas a un grupo de escogidos, a más de los oficialmente llamados apóstoles, como discípulos, Marías y amigos, de los que se valía después para disponer a las muchedumbres a recibir, entender y aplicarse sus predicaciones y ejemplos.

Y cuenta que esto lo hacía quien tenía virtud y gracia para llegar por sí mismo a todos y a cada uno y atraérselos sin necesidad de intermediarios.

Así y todo, antes de ir Él a un pueblo mandaba por delante no sólo de esos apóstoles, sino de entre los discípulos y amigos, parejas de enterados de Él y de entusiasmados por Él para prepararle oídos y corazones propicios. Y a las veces, llegada la hora de retirarse de esos pueblos, allí dejaba a algunos de sus amigos anteriormente o en aquella misma ocasión conquistados, como se lee en el Evangelio en el caso de Gerasa.

4938. ¿Y quién pudiera contar los ratos empleados por el divino maestro en formar esos núcleos de escogidos, y los gastos de paciencia, humildad y caridad que le harían la machaconería de preguntar muchas veces lo mismo, la grosería de sentimientos, la rudeza de ingenios, las murmuraciones, los prejuicios y los resabios de raza de sus amigos?

Ya el santo Evangelio, sin decirlo a las claras, apunta lo que costaría a la paciencia de Jesús esta formación de amigos enterados, cuando pone en sus labios quejas como éstas proferidas en el seno de la intimidad «¿Aún no os habéis enterado?». «No sabéis lo que pedís.» «Tanto tiempo con vosotros y ¿todavía no me habéis conocido?».

¿Y nosotros?

4939. ¡Qué falta nos hace a los predicadores y organizadores de turbas, como párrocos, misioneros, maestros, catequistas, escritores, Marías, traer a la memoria esos ejemplos del maestro para que, en vez de arrojarnos a la conquista de ellas, confiados en el poder de nuestra palabra, de nuestro prestigio, de los premios o cebos que ofrecemos o de alguna otra influencia extraña, nos dediquemos a ese trabajo callado de tanta paciencia como poco lucimiento, y de constante recurso a la oración, como al ingenio, para obtener el grupo de feligreses apóstoles entre feligreses, de niños apóstoles entre los niños, de obreros apóstoles entre obreros, etc., etc.!

Quizá y sin quizá no serán rápidos nuestros triunfos; pero, seguramente, lo que los triunfos pierdan de rapidez y *presentación escénica* lo ganarán en solidez, fondo, fecundidad y duración.

4940. En nuestros momentos de desmayo ante el poco número o el escaso fruto, hagámonos esta reflexión:

¿Quién queda junto a Jesús en la hora de la prueba, de su sacrificio?

¿Son los ganados en sus triunfos rápidos del Domingo de Ramos, de la multiplicación de los panes y los peces?

No, sino *unos poquitos, muy poquitos... del grupo...*

Cómo lo practica la Iglesia

4941. Por no alargarme, no me detengo en poner en parangón con la práctica del maestro para obtener apóstoles semejantes o iguales a sus adoctrinados la práctica no interrumpida de la santa madre Iglesia de llegar a la inteligencia y al corazón de sus catequizandos por medio de instructores, catequistas y ministros de categoría, índole y circunstancias las más parecidas y afines a las de aquéllos.

Las órdenes menores y las diaconisas

4942. Me contentaré sólo con citar la institución de los clérigos menores, como auxiliares y repartidores al menudeo de las altas enseñanzas y santos oficios de los apóstoles y clérigos mayores, y la acción en la antigüedad de las llamadas diaconisas, para instrucción, auxilio espiritual y consuelo de las mujeres que se preparaban para ser cristianas y de las aún tiernas en la doctrina y novicias en la fe.

El clero indígena

4943. De la práctica actual de la Iglesia a este respecto, sólo citaré el empeño vivísimo y el interés creciente que por boca del Papa está constantemente manifestando de proveer a las tierras de misiones de clero y personal catequista indígenas o del mismo país.

El Papa no desperdicia ocasión de instar y urgir la caridad de los católicos para que cooperen de cuantos modos puedan al fomento y mayor fruto de la Obra Pontificia de San Pedro en favor del clero indígena, y no se cansa en repetir que su corazón apostólico no descansará mientras no vea al frente de cada región misionada obispos y sacerdotes y catequistas, hijos de la misma región, esto es, obispos, sacerdotes y catequistas chinos al frente de los católicos de China; y obispos, sacerdotes y catequistas negros o amarillos dirigiendo a los hermanos de esa raza. ¡Con qué gozo -nos dice la prensa- acaba de consagrar, con sus propias manos, a siete obispos chinos nuestro Santo Padre!

4944. Y tal confianza tiene el Padre Santo en el fruto y en el arraigo de esos *apostolados* entre *semejantes*, que a las propuestas de algunos obispos, y yo entre ellos, de ayudar sus designios y empeños en pro del clero indígena, trayendo a nuestros seminarios jóvenes de esos países para darles absolutamente gratis la más selecta educación eclesiástica, y, así preparados y ordenados, devolverlos a sus respectivos países, ha respondido, sin vacilación, que no solamente quiere sacerdotes chinos, japoneses, indios o africanos para los católicos de esas regiones, sino que los quiere formados y educados a lo chino, a lo japonés, a lo indio o a lo africano y no a lo europeo, y, por tanto, hechos a padecer los mismos apuros económicos y las mismas persecuciones y viviendo las mismas costumbres que sus compatricios católicos.

Tanto, que a los institutos misioneros europeos recuerda constantemente que no se tengan como *dueños* de esas misiones, sino como *introductores e iniciadores provisionales.*

¡Qué bien entendida está por el Papa la virtud y eficacia del *apostolado entre semejantes!*

Un ejemplo

4945. Ved si no una muestra.

De muchos de esos seminarios indígenas me cuentan que llevan una vida tan pobre, y más que pobre, miserable, que sus seminaristas no pueden dedicar a sus estudios y vida de seminario más que algunas horas del día o algunos días de la semana, pues necesitan ocupar las otras horas y los otros días en buscarse su sustento con el trabajo de sus manos; unos, pescando; otros, cazando; éstos, como obreros en próximas factorías extranjeras, y aquéllos, en las faenas agrícolas.

Cierto que esta ocupación quitará profundidad a los estudios y quizá ponga en pruebas duras o peligros inminentes la vocación y formación de no pocos; pero, así y todo, la aureola que siempre da el sacrificio, y el ascendiente que da el presentarse hablando de lo que se sabe, no de memoria, sino por experiencia propia, porque se ha padecido y probado, ¿no adornarán la frente y la acción del sacerdote en tan duro troquel formado y no compensarán de algún modo por su eficacia y virtud las mermas ocasionadas por aquellos riesgos?

4946. De mí os digo que me conmuevo representándome en mi imaginación, bajo un techo de paja y caña, la primera misa de uno de esos sacerdotes, elevando la sagrada Hostia, con sus manos encallecidas y recibiendo en ellas el beso de enhorabuena de los gruesos labios de sus compañeros de trabajo hasta entonces y de sus hijos en la fe desde ahora.

Decía Su Santidad Benedicto XV, de feliz memoria, y repite Su santidad Pío XI:

«Es indecible lo que vale para infiltrar la fe en las almas de los naturales, el contacto de un sacerdote indígena del mismo origen, carácter, sentimientos y aficiones que ellos, pues que nadie puede saber como él insinuarse en sus almas. Y así, a las veces, sucede que se abre a un sacerdote indígena sin dificultad la puerta de una misión, cerrada a cualquier otro sacerdote extranjero».

Sacerdote indígena de pies duros, por andar descalzo, y de manos encallecidas, por ganar tu sustento, ¡como te pareces a nuestros Pedro y Pablo, Andrés y Juan...! ¡A nuestros apóstoles! ¡A los conquistadores del mundo...!

Cómo lo practicamos por acá

4947. Hora es ya de rematar este sencillo, al par que interesante estudio, sobre la necesidad de establecer el *puente de semejanza* o igualdad entre los que toman por amor a Dios el oficio de apóstoles del bien y de la verdad, y los que por ellos han de ser adoctrinados o *apostolizados.*

Y el remate que quiero poner a estas reflexiones, que juzgo de grande utilidad para la fecundidad de nuestras propagandas, sea contar algo de cómo por acá echamos ese puente y la red de las grandes pescas.

Las Marías de Málaga

4948. El grupo de Marías *enteradas* de Málaga, y que para mejor enterarse y vivir enteramente como Marías, viven hace años en comunidad, sin apariencia exterior de religiosas, tienen por norma en sus propagandas eucarísticas y catequísticas *no dar nada* como cambio, premio, pago o atractivo material a los que asisten o atraen.

Se contentan con darles *buen trato, buena instrucción, buen ejemplo,* y el fruto de sus *oraciones y comuniones.*

Debo confesar que, con el procedimiento de vales, rifas, premios y pagas a los que vengan a misa, a la catequesis, a la confesión y a la comunión se obtienen triunfos más rápidos y de momento más numerosos que con el procedimiento que usamos acá de no dar nada material por la asistencia y participación de esas cosas espirituales. Pero también puedo y debo declarar que los triunfos por este último procedimiento obtenidos son tan lentos como sólidos y duraderos.

Modos de edificar el puente

4949. Nuestras Marías en sus visitas a los pueblos o a las catequesis parroquiales no se preocupan del número ni se entusiasman con las muchedumbres ruidosas, sino que sus ojos y su atención toda se van detrás del niño o de la niña o muchacha o persona que más pronto pueda servir para *apóstol entre sus iguales.*

Siempre se encuentra alguno o alguna que manifiesta más prontamente su buena voluntad, su docilidad, sus deseos de aprovechar, sus ganas de amistad, y en éste o ésta se trabaja por conquistarlos al más claro conocimiento y a la más fiel adhesión y compañía del Corazón de Jesús sacramentado en aquel pueblo o parroquia.

4950. Sin despreciar a los demás, cada una de las Marías visitantes va internándose en el interés y en el cariño de aquellos primeros elegidos, y, ejerciendo con ellos el *apostolado de la amistad,* no paran hasta encender en sus corazones el cariño, el enamoramiento por el Corazón de Jesús sacramentado.

A ese fin tienen sus ratos de conversación y de lectura comentada de libros a propósito, como *Mi comunión de María, Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario, Florecillas de Sagrario, Partiendo el pan a los pequeñuelos,* etc., y, según a la distancia en que los encuentran de Jesús, les van recomendando la hora más temprano de levantarse, la comunión y visita más frecuente, el orden de las ocupaciones del día para que les quede tiempo para su vida de piedad. Y, cuando los van sintiendo más ganados y próximos a Jesús, les proponen la busca de amiguitos, si se trata de niños; o de amigas, si se trata de muchachas, para que hagan en su grupo de amistades lo que la María está haciendo en ellos.

Después de estas primeras conversaciones vienen visitas, y, después de la catequesis en la iglesia, la María saca a sus niños y a las catequistas que quieran, a dar un paseo por el campo más próximo o por la playa, y, mientras las más pequeñas y juguetonas juegan a la cuerda o a la rueda, la María sigue su obra de penetración y *conquista* de las escogidas, y en un apartado con una y en otro con otra les va preguntado por su oración y su comunión y sus amistades y sus peligros y... al cabo de poco tiempo la muchachita aquella está convertida en una enamorada del Sagrario y en una excelente catequista eucaristizadora entre sus compañeras.

4951. La misma labor van haciendo en los pueblos, los que visitan durante una temporada periódicamente, como cada semana, cada quincena o cada mes, y en ellos, de la misma manera, procuran hacerse primero con el apóstol o *apóstola* que sirva de cabeza y principio de un grupito de almas.

Este apóstol y su grupo de amigos o amigas son cultivados por la María con cariño paciente y efusivo y con ellos comulga y hace su preparación y acción de gracias; su ratito de oración mental; de ensayo de cánticos religiosos y de la misa; de catequesis; de visitas de enfermos; de paseo... hasta lograr convertirlos en grupos de *chiflados* por el divino Abandonado del Sagrario, y de *hambrientos* por acercarle almas que lo acompañen o imiten.

¡Si vierais qué grupos de almas escogidas se van formando en la ciudad y en los pueblos con esta labor silenciosa, paciente, sin prisa y sin apariencias de las *Marías Nazarenas!*

¿Y las cooperaciones y auxilios que van encontrando los párrocos en esos grupos de incondicionales para sus catecismos, busca y preparación de enfermos, introducción del canto

litúrgico popular, fomento de la comunión frecuente, y, en una palabra, para la *eucaristización* de sus parroquias?

4952. Y, como el amor es incendiario e ingenioso, ¡qué medios descubre para propagarse!

Entre muchos citaré el siguiente:

Aquí, en Málaga, se da un espectáculo que estará alegrando, ciertamente, a los ángeles, y dando mucho consuelo al Corazón Eucarístico de Jesús.

En los corralones y en casas pobres de muchos vecinos y en la habitación de algunos de ellos, que se brinda generosamente, se reúnen una vez por semana, y en la hora más a propósito, las jóvenes de la casa y de las casas vecinas, alrededor de una de las Marías de esos grupos parroquiales, ¡asombraos! para echar un rato de conversación piadosa.

4953. La María, o, mejor, las Marías, que casi siempre van dos, comienzan por explicar a las reunidas un punto de catecismo que procuran aclarar con las estampas del catecismo en imágenes de la buena prensa de París, y después por el procedimiento de la lectura, comentada en los libros dichos, se echa un ratito de conversación de piedad práctica y sabrosa.

Y es de admirar cómo sin dar ni ofrecer nada, nada de regalos ni premios, y sólo por el atractivo del buen rato y de la gracia de Dios, que no puede faltar a los que en su nombre se congregan, las muchachas y sus madres y hasta no pocas veces sus padres, se van animando y enfervorizando y produciendo frutos preciosos de observancia de los días de fiesta y comunión frecuente y de trato cariñoso e íntimo con el Corazón de Jesús, a quien quizá ni conocían de nombre...

4954. Y no creáis que esa María, apóstol de ese corral, es una señora empingorotada que deja su auto en la puerta o una gran letrada muy llena de teologías. De ordinario son unas jovencitas del mismo barrio y de parecida condición a la de sus adoctrinados; una costurera, una empleada, una joven sin relieve social y sin que su nombre aparezca jamás en las revistas y salones; pero muy llenas de fe en su catecismo y de amor tierno y ardiente al Corazón de Jesús de su Sagrario.

¡Son apóstoles entre sus iguales!

¡Las enamoradas y enamoradoras del divino Abandonado!

II. EL CAMINO DEL APOSTOLADO

4955. Conocemos la ley de la vida del apóstol.

Y ¿los caminos que ha de recorrer?

Como toda la ley del apóstol se condensa en la *semejanza* por amor humilde con los sujetos de su apostolado, todo el camino del apóstol se representa en dos líneas, ¡en una cruz desnuda!

La cruz

4956. ¡Dice tanto a los apóstoles esa cruzdesnuda, en la que acaba de ser ajusticiado Jesús, y de la que van a desclavar para sepultarlo al maestro y Señor de todos los apóstoles!

¡Qué bien señala esa cruzel camino de Jesús y de sus enviados!

La cruz, que durante unas horas fue suplicio, ha quedado constituida para siempre en *gráfico divino.*

Gráfico de la vida del cristiano y gráfico del camino de la Redención.

4957. Esa cruz clavada en la tierra dice al que pasa y la mira estas dos afirmaciones: *hasta aquí bajó el Redentor; desde aquí subió el Redentor.*

Los puntos extremos de los brazos y del pie de la cruz marcan un ángulo invertido, cuyos lados, infinitamente prolongados, tocan lo más alto del cielo, y cuyo vértice se pierde en lo más hondo y abyecto de la tierra, que eso es la muerte y muerte infame de cruz.

El lado izquierdo de ese ángulo inmenso es el *gráfico* de toda la historia de Jesús antes de la cruz, que se encierra en estas dos solas palabras: *Jesús baja.*

El lado derecho es el *gráfico* de la historia de Jesús después de la cruz, que se compendia también en estas dos palabras: *Jesús sube.*

El pie de la cruzes a la vez *término de llegada* de un viaje de descensiones horrible y dolorosamente humillantes y *punto de partida* de un viaje de ascensiones irresistible y espléndidamente gloriosas.

¡Qué dos puntos de meditación!

Jesús baja

4958. *Jesús, antes de llegar a la cruz, baja.*

Jesús, después de llegar a la cruzy morir en ella, sube.

Sin detenernos a considerar la gran bajada de Jesús del cielo a la tierra y parando mientes tan sólo en su vida pública, ¡qué manera tan humillante y desalentadora de bajar!

Pone a favor de su predicación su presencia augusta y hermosa, su mirar penetrante y sereno, su palabra insinuante, veraz y avasalladora, su vida austera e inmaculada, su doctrina santa, sus razonamientos irrebatibles, sus milagros espléndidos, su pasar por todas partes benéfico y misericordioso... las gentes se convencen, se vienen con Él, lo rodean, lo oprimen, lo llaman *Profeta grande, Salvador del mundo...* tratan de proclamarlo *Rey...*

Los tres años, sin embargo, de la vida pública no tienen por gráfico la línea ascendente, sino la descendente. ¡Jesús baja!

4959. Se observa en las narraciones evangélicas, en la última parte de la vida de Jesús, una disminución grande de seguidores con respecto a la primera parte de su vida.

¿Por qué?

¡Qué lección tan alentadora y tan profunda para los que tenemos apostolados populares!

Mientras han creído que Jesús era el Mesías profano, en que soñaban los judíos, que iba a dar reinos de tierra y poderíos humanos y dineros y placer, los seguidores suyos se han contado por *legiones.*

El Evangelio tiene que llamarlos con el nombre de *turbas, pueblo, muchedumbre copiosa, grande, máxima.*

Cuando se han ido dando cuenta de lo espiritual y anticarnal del reino de Jesús, de los premios que ofrece y del alimento que prepara para los vasallos de su reino, el evangelista san Juan, en el mismo capítulo sexto de su Evangelio, el más lleno quizá de doctrina, de hechos grandes y de promesas espléndidas, en el mismo capítulo de la multiplicación de los panes y de los peces y de la primera promesa de la Eucaristía, tiene que consignar esta tristísima frase: «Desde entonces muchos de sus discípulos dejaron de seguirle; y ya no andaban con Él»[3].

Y eran tantos los que lo iban dejando, que ya lo vemos en el Huerto y el Pretorio y en el Calvario, ¡o solo o, a lo más, acompañado de su Madre, de un discípulo y de unas piadosas Marías!

¿Se puede llegar a más fracaso del prestigio y a más dolores del cuerpo y más penas del corazón como en el último año de vida pública, y, sobre todo, en el llamado *proceso* de la pasión, y en su remate, la crucifixión, a que ha llegado Jesús?

¿Verdad que no?

---

3 Jn 6,6

Jesús sube

4960. ¡Pero, qué! ¿Ha llegado ya a ser el último de los hombres, sin apariencia de tal tan siquiera?
¿Ha caído ya el grano de trigo en su surco de tierra y se ha muerto?
Esperad ahora en silencio y con paz...
En el mismo Símbolo en que profesamos que *descendió a los infiernos,* decimos que *resucitó, subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre...*

4961. ¡cruzdesnuda de mi Jesús sepultado! ¡Tú no eres solamente el gráfico, el símbolo de un ocaso, sino, además, de una aurora!
¡Tú me anuncias las grandes, las incesantes, las irresistibles, las dominadoras ascensiones de mi Jesús en los cielos y en la tierra!

Lo que sube con Jesús

4962. Jesús, a partir del pie de la cruz, pese a los demonios del infierno y a las envidias de los fariseos, y a las pusilanimidades de los Pilatos, y a la deslealtad, cobardía y traición de discípulos y amigos de la tierra, ¡sube! ¡Jesús ya no cesará de subir en el conocimiento, en el amor, en la imitación, en la reformación, transformación y glorificación de los hombres!

La pedagogía del gráfico

4963. Hermanos de apostolados grandes o menudos de Jesús, en esas horas, tan frecuentes en todo apostolado bueno, de desalientos, de persecuciones injustas o merecidas, de pretericiones dolorosas, soledades y abandonos agostadores, ¡qué bien nos viene recordar el *gráfico* del camino de Jesús y de sus apóstoles!

4964. ¡No lo olvidemos!
Aunque hagamos nuestra labor, que es la obra de Dios, lo mejor que podamos y sepamos, y recibamos a las veces, y, sobre todo en los comienzos, aplausos y parabienes, no creamos que hemos llegado al triunfo.
Para llegar a él hay que *bajar* primero, *morir* o dejar crucificar y enterrar nuestro amor propio y miras mezquinas, y quizá quizá hasta nuestra vida terrena; y después, ¡sólo después!, ¡el triunfo de Jesús, el de nuestra obra y el nuestro también!

4965. ¡Hermanos! Que el gráfico de las dos líneas que se juntan al pie de la cruz como para cambiar humillaciones por exaltaciones, derrotas por triunfos, tinieblas por luz, muerte terrena por vida de cielo, que es el gráfico resumen de la vida de los grandes apóstoles, sea el gráfico vuestro, la senda de vuestro apostolado...
¡No desmayad ni temed cuando bajéis por la línea descendente con tal de que ésta os lleve a la cruz!
¡No tened miedo a la muerte de cruz!
¡Desconfiad de los apostolados de *línea sólo ascendente...!*
¡Ése no es camino de apostolado de Jesús!

III. EL LEMA DE NUESTROS APOSTOLADOS

¡Todo por, con y para el Corazón de Jesús!
¡Guerra al pesimismo y al laicismo en las obras católicas!

4966. Aunque Ésa no sea una frase sonora, creo que es clara y precisa.

La parte positiva del lema

Acá, en los trabajos de la tierra, toman éstos su clasificación, su intensidad, su eficacia y sus ganancias de estas tres cosas: la razón, los medios y los fines del trabajo.

A mayor razón, a mayores y más abundantes medios y a más levantados fines en el que trabaja, el trabajo es tanto más noble, más fácil y fecundo.

Apliquemos esto al trabajo por las almas y por el pueblo y concluyamos que aquél trabajará más y con menos riesgo y fatiga y sacará más de su trabajo, que se mueva a trabajar por razón más recta, que trabaje con los medios más aptos y que persiga el fin más elevado.

¿No es verdad?

Pues aquí de nuestro lema.

¿Por qué queremos trabajar en favor de las almas y del pueblo?

Porque el Corazón de Jesús lo quiere.

4967. No queremos que sea la compasión meramente natural, ni el miedo al socialismo, ni el gusto de hacer el bien por el bien ni el afán de señalarnos en el ejército de los luchadores del bien, quienes muevan nuestras manos para trabajar y para escribir, sino que nos echamos a la calle y al trabajo, porque el Corazón de Jesús, que está vivo en el Sagrario de nuestra iglesia y que hemos recibido en comunión por la mañana, nos ha dicho con voz que no oyen los oídos de la carne, pero sí los oídos del alma: *Ve y trabaja...* que mi Corazón quiere hacer por medio de ti un poco de bien a esos necesitados...

4968. Y gozosos en entrar al servicio de tan buen Amo y honradísimos en ser utilizados por Él, nos ponemos a trabajar en el estajo que Él nos señala. ¿Conocéis un motivo, una razón que *empujen* a trabajar más que esto?

Y como vamos por Él y sabemos lo poco que valemos y, sobre todo, lo improporcionados que somos para trabajos de orden sobrenatural, después de ofrecer la pobre *red* de nuestro ingenio, de nuestras fuerzas, de nuestro entusiasmo, le hemos dicho y le decimos cada día, después de comulgar, al reanudar el trabajo: «En tu nombre la echamos, Señor».

Sabemos muy bien que sin Él aunque se trabaje toda la noche y todo el día, no se saca nada, y que con Él nuestras redes vuelven a nuestra barca siempre llenas y rebosantes.

4969. Y ¿si nuestro trabajo es fecundo y el fruto nos sonríe, y las gentes nos aplauden y los beneficiados por nuestra obras nos agradecen y nuestro trabajo y nuestra persona van a ser rodeados de la aureola de la gloria?

Entonces, con la ocultación de nuestras personas y con la profesión terminante de fe de nuestras obras, decimos

para Él todo

4970. Para el Corazón de Jesús, que nos mandó trabajar y que nos sostuvo en el trabajo, *toda* la gloria, y *toda* la alabanza, y *todo* el agradecimiento y *todo* el amor.

Para nosotros, mientras más silencio, más contentos y más seguros.

Y ¿si nuestros trabajos no son entendidos, nuestras iniciativas no secundadas, nuestras intenciones falsificadas y nuestro fruto no aparece?

Entonces, cuando suene la hora de lo que llamarán fracaso, entonces la confusión, las burlas que vengan

para nosotros

4971. Que en recibir eso no hay peligro alguno y sí grandes ventajas para la obra y para el operario...

Ésa es la parte positiva de nuestro lema y me parece que es bastante *positiva.*

Por Él, con Él, y para Él queremos trabajar e invitar a los que nos lean u oigan a trabajar.

Ése es el único apostolado parroquial, benéfico, social, individual que queremos.

Guerra al pesimismo y al laicismo en las obras católicas

4972. Expuesta la primera parte, que llamé positiva por constituir una rotunda afirmación de querer ir siempre a la acción católica por el Corazón de Jesús, con Él y para Él, voy a añadir unas palabrillas aclaratorias de la segunda parte, que, aun en la forma negativa que está expuesta, no deja de ser otra afirmación del mismo principio.

«Guerra al pesimismo y al laicismo en las obras católicas».

Guerra

4973. Quizá a más de un pacífico lector, acostumbrado al estilo medio en serio y medio en broma de este librillo y de todas mis propagandas, le disuene esa palabra; pero, ¡qué se le va a hacer!, hay que decir la palabra guerra y que hacer lo que dice, esto es, guerrear.

No tengan miedo, después de todo, porque no digo guerra a los pesimistas y a los laicos, sino al pesimismo y al laicismo, que acá sabemos, por gracia de Dios, guardar toda clase de respetos, y consideraciones con las personas, así como, sea en broma, sea en serio, no reparamos en disparar bala rasa contra los *muñecos y muñecotes* que traen revueltos a no pocas.

Guerra a las polillas de lo bueno

4974. Y no muñecos, ni muñecotes, sino bichos de mala sangre y peor intención, que destrozan cuanto cogen o se pone a su alcance, son los malhadados vicios del pesimismo y del laicismo.

¿Han visto ustedes lo que hace el gusano de la polilla en las sillas en donde se alberga?

Por de fuera parecen muebles acabados de sacar de la tienda; pero, ¡ay!, del que se siente confiado en ellas, que pondrá en peligro su integridad corporal.

Pues eso mismo y, si cabe más, hacen esos gusanitos de pesimismo y laicismo en las obras católicas en que se meten, pues dejándoles una apariencia quizá deslumbrante, las inutilizan para todo efecto positivamente bueno.

Sin meterme a estudiar en toda su extensión esos dos males, sólo expondré la raíz de su malicia y la razón de su perniciosa influencia.

En qué convienen

4975. Convienen entre sí estos dos males «en quitar a Dios de las obras», aunque por distintos caminos o procedimientos.

El pesimista quita a Dios, porque no confía en Él; el laicista quita a Dios, porque confía en sí mismo.

El uno viene a decir con su conducta: yo no hago eso, yo no trabajo, yo no me meto en esa empresa, porque, como todo está tan malo y tan corrompido, sólo un milagro de Dios podría hacerlo; y como Dios no va a hacer milagros a cada momento...

El otro dice: yo sí lo hago, yo me meto porque tengo dinero, talento, suerte, buen ambiente y ¿qué más necesito?

Los dos, cada uno a su manera, han prescindido de Dios, lo han quitado de sus obras.

El pesimista por miedoso, el laicista por atrevido y presumido.

4976. Y ustedes comprenderán que quitar de una obra a Dios es quitar la vida a la obra.

Y cuenta que no hablo de herejes o cismáticos, ni aun de católicos indiferentes, sino de gente buena, que se interesa por el bien del pueblo y a su manera trabaja o intenta trabajar en su favor.

Hablo del pesimismo y del laicismo de que se dejan contaminar a veces los buenos en sus buenas obras.

Contra eso levanto siempre bandera, ¡bandera de sanos y estimulantes optimismos y de cristiano y eficaz sobrenaturalismo!

¿Cómo?

Lo que digo a los pesimistas

4977. es que llevan razón con lo de que el mundo anda muy mal y que la gente está muy corrompida y que con los malos papeles, los malos espectáculos, las malas modas, y con tanta cosa mala como hoy se exhibe y triunfa hasta de la ley, la cuesta arriba de la austera vida cristiana, se hace casi inaccesible.

Conformes con toda conformidad con todas las negras tintas que quieren los pesimistas derramar sobre el cuadro que ofrece el mundo de hoy en sus relaciones con Jesucristo y con las cosas del alma.

¡Ay! ¡Ay! ¡Sé yo en punto a tristezas, y a desengaños, y a ingratitudes, y a persecuciones de todas clases y a todas horas, sé yo -repito- tantas cosas! ¡Podría pintar cuadros con tinta más negra que la china y más amarga que la hiel!

Sí señores pesimistas, no os regateo negruras ni horrores, antes suscribo todos vuestros quejidos con otro tan hondo y tan prologando como el del que más se queje.

Pero en qué no llevan razón

4978. No estoy conforme en que por ese motivo se deban cruzar de brazos los llamados a trabajar contra el mal.

En el orden natural, para todas las enfermedades, por desesperadas que sean, se buscan remedios, y deber de todo buen médico es no cruzarse de brazos ante ningún enfermo por muy seguro que esté de su muerte y por mucha desconfianza que tenga de salvarlo.

Sin meterme ahora en discutir si el mal que padece nuestra sociedad es incurable o no, ni en afirmar que el mal de hoy es o no es mal tan antiguo como el hombre y en dilucidar otras cuestiones, si no impertinentes, pero que al menos nos llevarían muy lejos, me contento con recordar a los de los brazos cruzados unas cuantas verdades, tan ciertas y oportunas, como el Evangelio, de donde están tomadas.

Lo que dice el Evangelio

4979. El Evangelio, tan conciso en todo lo que cuenta y enseña, en lo único que está, si puede decirse, prolijo, es en anunciar contradicciones para los seguidores de la obra del maestro.

Ábrase cualquier página: quizá no se hable en ella de glorias y triunfos; pero, seguramente, de opresiones, persecuciones, calumnias, odios, prisiones, cruces, ludibrios, bofetadas, salivazos, muertes, ¡vaya si se habla!

Y ¿para quién se anuncian todos esos *regalos?* ¿Para los enemigos de Cristo?

No; sin que a éstos les falte el anuncio de la ración que les espera, todas aquellas predicciones de cosas desagradables, son para los amigos de Jesús.

4980. Así que, por lo pronto, no nos han debido coger *desprevenidos* ni *extrañados* los males que ahora lamentamos.

Júntense con todos esos dichos del Evangelio los hechos del maestro.

¿Nos hemos fijado en la cosecha inmediata de fruto que obtiene nuestro Señor Jesucristo con su predicación, sus milagros, sus profecías, su vida santa y su sacrificio de cada instante?

Para Él ya sabemos lo que, por de pronto, recoge: unas cuantas calumnias que dan margen a un proceso inicuo, bofetadas, heridas y crucifixión; y para su obra, un grupito de mujeres fieles y un solo hombre...

Señores pesimistas, ¿sabéis de alguno que haya sembrado más y haya recogido menos que nuestro divino maestro?

Y, sin embargo,

4981. Él, que hubiese tenido razón sobradísima para cruzarse de brazos ante aquel, al parecer, colosal fracaso, no sólo no se cruza de brazos, sino que para enseñanza perpetua de sus ministros y satisfacción perenne de su amor, quiere que la muerte le coja con los brazos abiertos, muy abiertos para con ellos así quedarse, como símbolo de la religión por Él fundada...

¡Ay, amigos de los brazos cruzados! ¿os habéis fijado en vuestro crucifijo? ¿Habéis comparado vuestra actitud con la del Maestro?

Lo que digo a los laicistas

4982. Y debiera con más propiedad decir: a los *católicos laicos,* o al revés, si place más. Porque yo no hablo aquí de los laicos a secas y, por ende, de los que lo son en la teoría y en la práctica.

Voy solamente contra los católicos, que se empeñan en hacer *laicamente obras católicas.*

Y ¡ojalá no fueran tantos los que en tales empeños andan! ¡Otro gallo les cantara a no pocas obras buenas!

Tantos hay, que forman hasta familias o tribus distintas.

4983. Hay católicos laicos en el *fin* (mucho de cultura, bienestar social, adaptación al medio, elevación de nivel, equilibrio de fuerzas, etc., y nada de salvación de almas, disminución de ofensas a Dios, perseverancia y conservación de la inocencia).

Laicos en el *procedimiento* (chanchullos, componendas, contemporizaciones con los de la pared de enfrente, acepción de personas y hasta adulaciones y poca o ninguna simplicidad cristiana, nada o casi nada de confianza en el auxilio de Dios, ni sombra de la santa libertad apostólica, ni oración, ni Sagrario, etc., etc., y ¡cuántos *etcéteras* más!).

Laicos en los *motivos o móviles* (compasión natural, miedo al enemigo, evasivas de molestias, buen parecer o ser bien visto y nada de gloria de Dios, voluntad del sagrado Corazón de Jesús, afán de verlo reinar y de extender su reinado, etc.).

Y dentro de cada una de esas familias ¡vaya si hay hijos e hijuelos!

Obras cristianas sin Cristo

4984. Triste cosa es, en verdad, ésa de que se pretendan hacer obras *cristianas sin Cristo,* y de que se malgasten y desperdicien tanto dinero y tantas fuerzas por falta o defecto de orientación cristiana.

Más de una vez he sentido pena, mucha pena ante obras, al parecer, brillantes y fecundas de acción católica, porque después de verlo todo y de oír a todos, me he preguntado: pero fuera del nombre o título de esa obra, que es católica ¿en dónde está *lo católico* de ella?

Y no solamente ante obras, sino ante hombres de acción he sentido esa misma pena; me han expuesto sus entusiasmos o sus decaimientos, sus proyectos o sus fracasos tan *laicamente,* como si no se tuviera en el mundo la menor noticia del Evangelio, del Sagrario y de las promesas de Jesús en uno y en otro.

Soldados con fusiles de caña

4985. Cuando veo esas obras y esos hombres ocupar un sitio en las líneas del ejército católico tratando de luchar, siento pena y miedo y frío, como lo sentiría al ver pelear dos ejércitos, el uno perfectamente pertrechado de todas las armas modernas de guerra y el otro armado con fusiles de caña.

¡Pobres hermanos míos, empeñados en hacer la guerra al mundo, al demonio y a la carne, que en definitiva son siempre los enemigos nuestros, con fusiles de caña...!

IV. UNA DIFICULTAD PARA EL APOSTOLADO

La escasez del dinero y artes para remediarla

4986. Como los ociosos operarios de la parábola evangélica excusaban su ociosidad con la razón de que nadie lOs conducía o llamaba a trabajar, harto frecuentemente oímos cohonestar muchas ociosidades y no pocos brazos caídos con esta palabra, que suele decirse con aire de razón definitiva.

Sin dinero y sin las influencias y auxilios que el dinero da ¿qué vamos a hacer?

Ésa es la pregunta que intentaré responder en este capítulo.

La incuestionable escasez de dinero para muchas obras buenas

4987. Es cierto de toda certeza:

1º Que hace falta dinero para las obras de que hablamos, ¡claro que sí! Un catecismo y una escuela necesitan dinero; un centro, una biblioteca, un círculo de estudios, una mutualidad, una propaganda cualquiera necesitan casa, luz, muebles, dependientes, libros, materiales; es decir, necesitan dinero, y de ordinario, mientras con más dinero cuenten, más bien podrán hacer.

2º Que el dinero católico escasea, y mucho, en determinados sitios y para determinadas obras.

Dice un amigo que uno de los trabajos a que preferentemente deben dedicarse hoy los cristianos es a *bautizar* un sinnúmero de pesetas que andan por ahí, y aun en cajas de católicos más *moras* que el mismísimo Sultán de Marruecos.

Sí, ahora que estamos en la época del laicismo, hay que tener en cuenta que la mayor parte del dinero que circula por el mundo es laico.

Sin que podamos decir, porque sería una gran mentira y una gran injusticia, que se han secado los cauces de la generosidad cristiana, bien puede asegurarse que en determinadas circunstancias y para determinadas obras sufren interrupciones o mermas bastante lamentables.

Es un hecho, desgraciadamente muy cierto, que en no pocas obras católicas se padecen hambre y sed de muchas cosas por falta de dinero.

No todo se hace con dinero

4988. Pero con ser todo eso tan cierto, todavía me atrevo a asegurar que en lo de la dificultad del dinero, hay un poco, mejor digo, hay un mucho de *bu* con que se amedranta a los niños.

Y si no, vamos a cuentas.

4989. ¿Qué es el dinero? Dejándonos de definiciones, que no son del caso, y circunscribiéndonos al aspecto, bajo el cual lo consideramos aquí, el dinero no es más que *uno de los elementos* de la acción católica o de la propaganda, y no el principal.

Elementos de esas obras son la gracia de Dios, en primer término, el amor de Dios y del prójimo, la iniciativa propia, la buena voluntad, el talento organizador, el estudio, la constancia, la palabra hablada o escrita, la simpatía, la laboriosidad, etc., todos los cuales pueden, en absoluto, obtenerse y ejercitarse *sin dinero;* al paso que éste no puede hacer nada sin todos ellos y muy poco faltando alguno solamente.

La obsesión del dinero

4990. Y ocurre este singular fenómeno cuando se trata de fundar o emprender una obra buena.

Se piensa en el local, en el exorno del mismo, en lo que pudiéramos llamar mecanismo exterior de la obra, y no se piensa o se piensa menos en contar con Dios, para cuya gloria debe hacerse aquella obra y con el *hombre* que hay que poner al frente de aquélla y en la aptitud de éste o de los que la inician y en los medios más conducentes para que la obra conserve su espíritu y se prevenga contra los peligros de la inconstancia, la moda, la disipación o desnaturalización, hoy tan inminentes.

4991. Es decir, se piensa en lo que cuesta y apenas si preocupan los demás elementos, más o tan influyentes que el dinero.

¿Verdad que en este proceder hay un poco de inconsecuencia?

¿Verdad que sólo por este lado hay ya que quitarle un *poco* al *bu* de la dificultad del dinero?

Alguien ha llamado la atención de los hombres de la acción católica sobre la enfermedad que, con frase feliz, ha llamado *mal de piedra,* designando con ese nombre a esa tendencia de hacer consistir la grandeza y virtualidad de nuestras obras en la grandeza de proporciones y coste de las casas para esas obras.

4992. Cuidado que yo no soy partidario de las *obras raquíticas;* creo que con ellas, entre otras cosas, se ofende a Dios, a quien se supone poco generoso para con los que por Él trabajan, y se da pobre idea de los sentimientos de fe y de confianza de los que en ellas andan.

Pero creo que es una grandísima torpeza, por lo menos, quejarnos a Dios y a los hombres de que no podemos hacer obras buenas, porque no nos dan dinero, teniendo almacenados en nuestra cabeza y en nuestro corazón y en la cabeza y en el corazón de nuestros amigos, elementos mucho más poderosos y eficaces que aquél, de cuya ausencia nos lamentamos.

Dos ejemplos

4993. El primero: yo comparo a esos hombres con el espectáculo que presentan los *ricos-pobres,* y no de espíritu. Veis a éstos, siempre llorando su mala suerte, sus malos tiempos, sus malas cosechas, sus malos negocios, que les impiden, según ellos, no sólo dar limosnas, sino hasta permitirse lo más necesario para su vida, y por otro lado sabéis que sólo en *cuenta corriente* del banco tienen miles y miles de pesetas.

Tan falto de lógica es para mí ese proceder de los *ricos-pobres,* como el de esos hombres que, inconscientemente, sin duda, dedican todas sus preocupaciones al dinero para sus obras buenas; es decir, al *cuerpo,* y sin apenas parar mientes en el *alma* de las mismas.

El segundo ejemplo

4994. Me digo algunas veces cuando oigo tanta lamentación de *sonido metálico:* pero, Dios mío, los apóstoles, ¿cómo se echaron a conquistar al mundo?

¿Pensando en construir una gran basílica para dar cabida a los cristianos que fueran naciendo? ¿Proyectando grandes palacios para celebrar sus reuniones y sus concilios?

No, no; empezaron por todo lo contrario; como les había encargado el maestro: *sin túnica, sin manto, sin calzado...*

He ahí todo el *capital de provisiones* de los apóstoles, unos cuantos *sin;* es decir, unos cuantos ceros y ¡pare usted de contar!

Y ¿creéis que se hubiera salvado el mundo si aquellos hombres se hubieran cruzado de brazos en Jerusalén, diciendo: «Como no tenemos dinero para viajes, ni para iglesias, ni para limosna para la consabida *llave de oro,* con que abrir el corazón del pueblo, ni para cualquier imprevisto, determinamos quedarnos aquí hasta que logremos formar un *capital* por *acciones* para *empresas apostólicas...*»

¿Verdad que disgusta ese lenguaje?, y pregunto: ¿por qué nos disgusta en los apóstoles y no nos disgusta en nosotros, que lo repetimos tanto en una forma o en otra?

Dos consecuencias

4995. De lo dicho deduzco: 1º que hay auxilios para las obras católicas que *valen más* que el dinero y *no cuestan* dinero y 2º, que cuando se ponen en juego esos elementos, Dios *nunca falta con el dinero* en las obras que van dirigidas a Él.

Yo quiero, en este rato de conversación familiar, presentaros una lista de

Cosas que no cuestan dinero y valen más que el dinero

4996. Y que precisamente, por no fijarnos en ellas y en lo que valen, dejamos de hacer muchas cosas buenas, y no impedimos que se mueran obras que no debieran morir.

Fijémonos, en primer lugar, en las obras ya fundadas y en marcha.

Tienen su casa, su personal, su reglamento, sus entradas o cuotas y todo su mecanismo de presidente, tesorero, secretario, vocales, etc., etc.

Pues esa obra, para conservarse bien y dar abundantes frutos, necesita

1. El hombre de la obra

4997. Nunca se insistirá bastante en esta necesidad.

Toda obra o colectividad necesita *un hombre* que sea ella misma.

Un hombre que de día y de noche, trabajando, paseando, comiendo, jugando y hasta soñando, sea la obra aquélla y nada más que eso.

Un hombre que de todo saque motivo o pretexto para beneficiar a su obra, para introducirla en nuevos sitios, para darle nuevos atractivos, para excusarla de sus defectos, para alabarla en sus beneficios; *un hombre* con tanta fe en su obra que no sepa lo que es desmayar ni aburrirse, y con tanto amor al espíritu de la misma, que su sola presencia sea un baluarte inexpugnable en defensa de las buenas tradiciones y en pugna contra las innovaciones peligrosas.

¿Os acordáis del paralítico aquél de la piscina que se lamentaba con el Señor de no *tener hombre?*

Pues como aquél se hubiera quedado paralítico toda su vida, sin la misericordiosa intervención del Corazón de Jesús, del mismo modo nuestras obras e instituciones se quedarán paralíticas para toda su vida si no *tienen un hombre.*

Y esto, no se compra con dinero...

2. El celo

4998. Otro elemento precioso para una obra católica.

Y cuenta que no hablo aquí sólo de celo sacerdotal, de ese celo que sueña con salvajes que catequizar, con empresas apostólicas, de renovación del mundo, con martirios sangrientos...

No, hablo del celo que todo el que ama un bien debe tener por propagarlo y hacerlo amar.

4999. Yo veo al aficionado al toreo (valga escribir esto en Andalucía), y aquel hombre lo convierte todo en cuernos y capotes y quiebros y volapiés... Si habla, sus comparaciones y metáforas las toma del *arte, tal* corría más que un *maleta; cuál se cuadró;* éste le dio *la puntilla;* ése merece que lo *echen* al *corral;* aquél estuvo *a los quites,* etc.

Cuando anda, sus andares recuerdan el *despejo* de la cuadrilla; cuando viste o peina, su traje o peinado es a lo *Guerrita* o a lo *Bombita,* ¡hasta su sangre es torera...! Es un hombre con celo *taurómaco.*

Veo al artista o al amante del arte, y todo lo convierte en el arte suyo.

Yo tenía un amigo pintor y redactor de un periódico en *una pieza;* y recuerdo que sus cuartillas se distinguían de las demás por los muñecos que las adornaban.

Cuando se atascaba el carro de la inspiración, bosquejaba un muñequito y ¡tras! el carro volvía a andar, la inspiración volvía.

Veo a todos los aficionados a lo que quiera que sea, y aquellos hombres hablan, obran, piensan y sienten por afición.

Pues ahora pregunto: ¿por qué no nos ha de pasar eso mismo cuando nos ponemos a querer o a aficionarnos al Corazón de Jesús y a los pobres o a las obras a ellos dirigidas?

5000. Yo diría a aquel socio de las conferencias, o a aquella señorita catequista, o a aquel miembro honorable del consejo de tal o cual asociación social o benéfica: señores, vamos a cuentas: vosotros, por lo visto, figuráis en esas obras porque amáis a los pobres, ¿verdad? Os dan lástima sus miserias de cuerpo y de alma, sabéis que representan a nuestro Señor Jesucristo, que recibe como hecho a Él mismo lo que a aquéllos se hace ¿verdad también?

Y vamos a ver, ¿cuánto tiempo dedicáis a hablar de y con vuestros pobres? ¿Media hora a la semana, cuando vais a la junta o unos minutillos mientras les dais los bonos o les dais lección y esto no todas las semanas, sino cuando *otras atenciones* no os lo impiden? De modo que media horita de cuando en cuando, ¿eh?

Y en las otras medias horas y horas enteras de vuestros días y vuestras noches, ¿no os volvéis a acordar ya de ellos, a no ser para quejaros de lo ingratos que son a vuestros beneficios o lo groseros a vuestras atenciones...?

¿Sí? ¿De verdad?

Pues entonces, señores, señoras o señoritas, permitidme que os diga *que no queréis de verdad a los pobres.* ¿Os enteráis? *Eso no es querer.*

Llamadlo como os plazca; pero, por Dios, no profanéis esa palabra tan grande, aplicándosela a una cosa tan chica...

Yo no creo que el cariño se mueva como su mueven las manecillas de un reloj, *a hora fija...*

Yo creo que cuando se quiere de verdad a una persona o a una obra, se siente necesidad de hablar mucho de ella; diríase que el cariño es como el gas, que siempre está esperando un *salidero* para escaparse.

5001. Y ¡claro! si no hay ese celo por aquella Obra a que pertenecemos, demás está esperar esas iniciativas que brotan de él tan espontáneas y tan felices, esos aprovechamientos de fuerzas perdidas, de sobras que nadie quiere, de resortes que no se conocen, esa habilidad para sacar aceite de una alcuza vacía, *ese sexto sentido cristiano* tan propio del celo por el cual se *cae en la cuenta* de todo lo que conviene y se está siempre en punto...

Sin el celo no hay que esperar nada de eso, sino que la obra aquella vaya moviéndose perezosa y lánguidamente, como plantas de invernadero, o como carro que le falta aceite y le sobra peso.

Un reparo

5002. Me diréis que ese celo y en esa forma tan *explosiva* como yo lo presento, no es cosa mollar y fácil, y que no puede pedirse a todos.

Y yo os responderé que, aunque para salvar o conservar una obra, basta que tenga ésta *un hombre* con ese celo y con las cualidades que ya os he descrito, para tenerla floreciente y pujante, mientras más haya de celo, mejor.

5003. Y también os diría que entre una numerosa y brillante junta de señores o señoras honorables y conspícuos por su dinero, su talento y su posición social, pero *sin celo,* y otra más reducida y modesta de *medias cucharas,* pero *con celo,* yo me quedaría con mis *cucharitas,* después de haber mandado *a paseo,* con todos los respetos debidos, a aquellos o a aquellas honorables *figurones o figuronas.*

Reír quizá hará a alguno esa salida mía, pero ¡ojalá no hiciéramos llorar tantas veces al ángel de la guarda de nuestras obras buenas con ese inmoderado afán de *pagarnos* con juntas y compañías de gente *reluciente y gorda, sólo* porque *puedan dar,* y de no parar mientes en rodearnos de gentes quizá no tan *gorda* que *puede y quiere trabajar...!*

Un tropiezo frecuente

5004. No pocas veces he sentido pena cuando al preguntar a algún director o fundador de obras por el estado de las mismas, me ha salido con este *gran dato,* ¡muy bien, sí, señor; muy bien! ¡Si he logrado *coger* para presidente al marqués o diputado tal, o a la duquesa cual y tengo ya metidos en la junta a todo lo *principalito...!*

¡Pobrecillos, y se quedan tan satisfechos con aquellas adquisiciones tan valiosas y tan... inútiles!

Porque, hablando en plata, díganme ustedes lo que de ordinario se saca de esas juntas de *notables.*

Que cuando la caja flaquee por la disminución de entradas que el aburrimiento o la falta de espíritu va produciendo en los socios, ellos salvarán la situación con una brillante y aparatosa *fiesta de caridad,* kermesse, baile *Garden party,* y demás inventos de la caridad a la moda...

Y aun sin eso, que en un arranque de generosidad restablezcan con sus donativos los desequilibrios de la caja.

Y no esperéis más que eso.

5005. Y temed, en cambio de ese poco de dinero, la debilitación del espíritu de la obra, la disminución de vuestra libertad de acción, los constantes y angustiosos equilibrios de paciencias y halagos y el peligro grande de que en vez de que la Junta sirva para la obra, sea la obra la que sirva para la junta...

Amigos y hermanos, mucho cuidado con las *oligarquías católicas.*

3. La abnegación de sí mismo

5006. Importante y valioso elemento de acción es el interés por la obra, pero yo no sé si llega en importancia y valor al desinterés de sí mismo, o, hablando en lenguaje más cristiano, a la *abnegación.*

Es éste un punto en el que nunca se insistirá bastante y jamás debiera perderse de vista cuando de hacer obras católicas sociales o benéficas se trate.

Los que hayan seguido con paciencia mis pobres escritos, en serio o en broma, habrán podido ver que este punto del desinterés constituye una de mis *machaconerías,* de la que hablo siempre que puedo *oportuna y importunamente.*

Yo aseguro, y al que lo dude lo remito a la experiencia de muchos desastres, que una obra católica, piadosa, social, benéfica, educativa, como quiera que sea, será tanto más próspera y fecunda cuanto más abnegación haya en los que la dirijan o informen.

La curva de su prosperidad va siempre paralela a la de la abnegación de sus jefes y directores.

5007. Dos razones se me ocurren, entre muchas.

Una, que pudiéramos llamar *sobrenatural,* y otra, *natural.*

Razón sobrenatural: la expresa gráficamente el Evangelio con estas dos palabras: *Dar sin esperar nada.*

Dar: ésa es la palabra de la abnegación, *dar* su dinero, *dar* su trabajo, *dar* su ingenio, *dar* su nombre, *dar* su cariño, *darse* todo, lo que se tiene y lo que se es.

Ése es el único verbo que sabe conjugar la abnegación; los que la poseen, ni saben, ni quieren conjugar otro.

Por eso, con ellos y con lo que a ellos pertenece, *siempre se cuenta...*

Y se os dará: Y tiene que ser así. Al que se desnuda de todo lo suyo por amor a Dios, ¿puede creerse que Él le dejará pasar frío?

5008. Permitidme un ejemplo.

Viajáis por tierras desiertas y os encontráis con un niño a punto de morir de hambre y de abandono por haber perdido el camino; movidos a compasión, os detenéis ante él, le animáis, le dais de comer y de beber y lo cubrís con vuestra capa, lo montáis sobre vuestra cabalgadura, sin reparar que el camino que os queda todavía que andar es largo y desierto, y que aquel poco de comida y de agua que habéis dado al niño hambriento era lo único que os quedaba para terminar vuestro viaje.

Decidme, si ese niño tuviera padre y éste fuera rico y se enterara de lo que acabáis de hacer por su hijo, ¿no creéis que ese padre volaría a vuestro lado a recompensaros vuestra abnegación con su dinero, con sus servicios, con su gratitud, con el mismo bocado de su boca y con su misma sangre, si fuera preciso?

Pues haceos cuenta de que ese niño perdido, abandonado y enfermo de hambre, son los pobres, los desgraciados, los hambrientos de Dios y de la felicidad, todos los que sufren hambres, abandonos, necesidades de todas clases... y el padre de esos hijos pobres es Jesucristo, que *sabe* lo que sufren éstos, que se *entera* de lo que en favor de ellos se hace y hasta se piensa, que *ha prometido* recibir por hecho a Él lo que por aquéllos se haga, que *posee* tesoros inexhaustos de bienes del cielo y de la tierra y que, sobre todo, *tiene* un Corazón infinitamente agradecido...

5009. Decidme: si vosotros cumplís con generosidad el *dad,* ¿va a quedarse Él corto en el *se os dará?* ¿Es eso creíble? ¿Puede eso no más que sospecharse sin ofensa gravísima a su Corazón y hasta a su formalidad?

Sí, hermanos. Sí y mil veces sí; *se os dará,* se darán por Él, y con una medida infinitamente mayor que la de vuestra generosidad, bienes del cielo y de la tierra, gracias y dones sobrenaturales, atractivo, ingenio, dinero, fuerzas, iniciativas, auxilios y triunfos inesperados; *vobis,* a vosotros los que, sin mezquindades y miras terrenas, *dais* todo lo vuestro a vosotros, los hombres de la abnegación y del desinterés.

En éstos, en éstos se ve constantemente cumplida aquella frase feliz de san Pablo: *no tengo nada y todo lo poseo,* no teniendo nunca una peseta propia y disponiendo de más millones que el *banco inglés.*

Dios mío, Dios mío, si los que trabajamos en tus obras tuviéramos un poquito de más fe o fe más viva, ¡qué ricos seríamos en nuestra pobreza!

Otra razón

5010. La que llamábamos *natural.*

Me la ha enseñado la experiencia de hombres y de obras.

Yo estoy convencido de que el mejor *imán* para atraer el dinero de los demás a la caja de cualquier obra católica, es el *desinterés* del que o de los que están al frente de ella.

He observado que sólo cuando se convencen los demás de que el que está al frente de esa obra ha gastado el *último céntimo suyo,* es cuando se deciden a dar con *gusto y espontáneamente* su dinero.

Como también digo que buen calvario le espera al que se empeña en fundar o sostener obras sólo con los recursos de la caridad ajena, guardando él los propios en el banco o en fincas o de cualquier otro modo.

No niego que llegará a reunir limosnas y auxilios, si la obra es buena y útil y está administrada con honradez. Pero que se prepare a oír *indirectas y directas,* a veces hasta insidiosas, sobre su caudal, que a fuerza de sonar tanto llega a proporciones de *fabuloso,* y que cuente siempre que su fama de hombre que *guarda* será siempre un *tapón* que detenga la corriente de la caridad hacia su obra.

5011. Yo no me pondré ahora a enjuiciar ese proceder o instinto de la caridad o de los hombres caritativos, sólo quiero hacer constar el hecho siempre observado de que el dinero de la caridad *corre caudaloso* hacia el bolsillo *vacío* del hombre abnegado de quien se sabe que lo *da todo* y anda muy escaso o intermitente hacia el bolsillo *lleno* del hombre bueno, honrado, activo y todo lo que queráis, pero que se sabe que *ahorra.*

Ése es el hecho, y ésa es, a mi juicio, una buena razón, que demuestra que el *desinterés de sí mismo* es un elemento de acción que *no cuesta* dinero, *vale más* que el dinero y *atrae* el dinero.

Las tres abnegaciones

5012. Quiero remachar bien esa afirmación especificando el alcance de ese elemento, o más claro: ¿qué obliga a dar la abnegación para que produzca esos frutos tan deseables en las obras de acción católica a que se aplique?

¿Qué tiene uno que dar de lo suyo para que los demás cooperen con generosidad a nuestras obras?

Tres clases de abnegación, o, mejor, tres objetos de abnegación me atrevo a proponer.

1º La abnegación del dinero propio.

2º La abnegación del trabajo propio.

Y 3º La abnegación del nombre propio.

Y vamos por partes.

4. La abnegación del dinero propio

5013. Cuando yo veo el uso que se hace por mucha gente buena, del dinero, y la idea que sobre él se tiene, y los lamentables resultados que de esas ideas y usos salen, me dan ganas atroces de escribir un librito, dedicado a los cristianos que *guardan,* con muy pocas páginas, para que nadie se cansara al leerlo y con letras muy gordas, para que todos lo leyeran, y con letras más gordas todavía, con este título: ¿PARA QUÉ OS SIRVE EL DINERO?

Y se me ocurren unas respuestas tan destempladas y unas salidas tan sin tono, que, ¡vamos!, me cuesta mucho trabajo colocarme en el ambiente sereno y reflexivo en que debe estar el escritor católico.

5014. Así, que, dejando para mejor ocasión el librillo de marras, me contento por ahora con hacer unas preguntillas, dejando al buen criterio del lector su respuesta.

Advierto, ante todo, que yo no condeno el ahorro moderado para prevenir futuras contingencias de sí mismo, de los hijos o de aquellos con quienes tenemos obligaciones.

Eso bien está, con tal de que no se pierda de vista que las *buenas obras,* para sí mismo y la *buena educación,* para los hijos, es el *mejor tesoro* que se puede *ahorrar* para el mañana de uno y de ellos.

5015. Vamos a las preguntas.

¿Es cierto que se puede dar gloria a Dios con el dinero?

¿Es cierto que se puede hacer mucho bien al prójimo en su alma y en su cuerpo con el dinero?

¿Es cierto que se deja de dar mucha gloria a Dios por falta de dinero?

¿Es cierto que hay muchas y muy urgentes necesidades de los prójimos, por socorrer, por falta de dinero?

¿Es cierto que se dejan de hacer muchas obras buenas y se hacen muchas malas por falta de dinero para fomentar las unas y contrarrestar las otras?

¿Es cierto que evitar un pecado mortal y fomentar un acto de virtud vale más que todo el dinero del mundo?

¿No es verdad que se cometen muchos pecados mortales y se dejan de fomentar muchos actos de virtud y se frustran muchas almas, que iban para santas, por falta de dinero para la propaganda y el estímulo del bien y para la coacción del mal?

¿No es verdad también que amar a Dios *sobre todas las cosas* es darle gloria con todas las cosas que son o dependen de uno, y amar al prójimo como a sí mismo es hacerle todo el bien que uno para sí quisiera?

El ahorro anticristiano

5016. ¿No es verdad y cierto, y muy cierto, todo eso?

Pues bueno, yo quisiera saber cómo se relacionan esos *dichos* cristianos con estos *hechos de algunos cristianos.*

Yo, señora piadosa, viuda o soltera, sin atenciones urgentes, con comunión diaria y unos milloncitos de capital; yo, señor respetable, de buena paga y renta, con hijos ya bien colocados, y *cobijados,* socio protector y hasta fundador de asociaciones y cofradías.

Y yo, clérigo o seglar de cualquier cargo y estado, que tengo para vivir hoy, mañana y pasado también, sabemos que el periódico católico de la región se viene abajo por falta de dinero, o que las escuelas laicas prosperan, porque no hay dinero para levantar y sostener escuelas católicas; que los seminarios se quedan vacíos por falta de auxilios a los seminaristas pobres o que los enfermos pobres se mueren sin sacramentos porque no hay quien los prepare con una limosna, o que hay una familia arruinada en nuestra misma calle que está pasando horribles hambres, o que el pobre cura de

la parroquia no puede extender más su esfera de acción entre los pobres y los niños y los obreros y los hambrientos y desgraciados, porque su escasa asignación no da ya para más, o... ¡pudiera poner tantas o y tan tristes...!

5017. Sabemos que ocurre todo eso, y *en su vista* hemos decidido, ¡están tan malos los tiempos! reunir todo el dinero *que nos sobre*, para ponerlo en papel del Estado o en una rentita segura, *sin perjuicio*, desde luego, de quejarnos mucho de la maldad y penuria de los tiempos y hasta de *abrir una suscripción* en favor de esas pobres víctimas y encabezarla con *alguna cosita*...

Y digo yo, ¿se atreverán esos respetables señores y señoras a decir de verdad y sin que se les líe la lengua y se les enrojezca la cara delante de Dios: «Yo te amo, Señor, *con todo mi corazón* y sobre todas las cosas... Yo amo, Señor, a mi prójimo *como a mí mismo...*».

Repito: ¿se atreverán a decir eso?

Y, si se atreven, ¿no es verdad que hay no poco de crueldad en el hecho y de mentira y burla sacrílega en el atrevimiento de decirlo?

Yo no hago más que preguntar; que cada cual responda. Y cuenta que nada digo del *lujo pagano* de no pocos.

5018. Lo único que digo por mi cuenta es que si una madre pasa apuros y hasta recibe agravios del casero y de los acreedores por falta de dinero y el hijo rico sólo la socorre de cuando en cuando y con *alguna cosita* de lo que a él le sobra, esa madre tiene perfectísimo derecho a rechazar el beso de ese hijo, por mal hijo y por embustero...

Luego, quizá me arguya alguno, ¿no se puede guardar nada? ¿Hay que darlo todo? Sí, señor; se puede guardar algo y no siempre hay que darlo todo.

Pero mientras menos se guarde y más se dé, hay más razón y más delicadeza en decir: «Yo te amo, Señor, *con todo* mi corazón y *sobre todas* las cosas... Yo amo, Señor, a mi prójimo como a *mí mismo...*».

Y que sólo del que dé para gloria de Dios y bien del prójimo el último céntimo propio, puede decirse que empieza a ser perfecto amador de Dios, y del prójimo.

Y ése es todo un hombre de obras.

5. La abnegación del trabajo propio

5019. Mucho es y vale desprenderse del dinero propio en beneficio de la obra o institución buena que uno dirige o a que pertenece; pero creo que vale un poquito y un pocazo más darle nuestro trabajo en la forma que voy a exponer.

No se olvide que yo hablo con cristianos convencidos de que hay que trabajar por la causa de la religión y del pueblo, y que parto de ese supuesto.

Parto también del supuesto de que esos hombres o mujeres con quienes ahora hablo están metidos en alguna obra o institución que persigue aquellos fines, o, si no están metidos, andan en deseos de meterse en ella o encontrarla como la desean.

Pues bien, a cada uno de estos en tales condiciones yo le propongo la siguiente pregunta:

¿Quiere usted hacer mucho por su obra sin desembolsar un céntimo? ¿Sí?

El trabajo de las manos

5020. Pues verá: usted tiene manos ¿es verdad? Y fuera de un ratillo que se las ocupan la cuchara y el tenedor para comer, o la pluma para escribir alguna carta y el bastón para dar un paseíto ¿verdad que se les pasa mucho rato a sus manos sin ocuparse en nada?

Pues mire usted en aquel centro u obra a que usted pertenece hacen falta manos que escriban libros de cuentas, o cartas de propaganda o recomendación, que estrechen manos callosas de obreros o de gente a quien nadie les da la mano... sí señor; allí *hacen falta manos*.

El trabajo de la cabeza

5021. Usted tiene cabeza, ¿verdad?, y, por consiguiente, un poquito de ingenio, de imaginación, de *sexto sentido* y algo de todas esas cosas que los psicólogos ponen en la cabeza humana.

Y ¿por qué no se decide usted a gastarse todos los días un poquito de *sustancia gris* en favor de la obra de sus aficiones?

Ese gasto de sustancia gris podría convertirse en invención de atractivos y estímulos para su obra, en perfeccionamiento de medios, en ampliación de horizontes, en vencimiento y desaparición de obstáculos y en qué sé yo cuántas cosas buenas más.

El trabajo de las horas libres

5022. Usted tiene horas libres, pocas o muchas, ¿verdad? y hasta horas aburridas; pero ¿usted se ha fijado en todo lo que se puede hacer en una hora?

¿Le gustan las obras de Misericordia? Es una lista de obras buenas que subyugan a las almas generosas, ¿no es esto?

Pues hágase usted cuenta de que en una hora bien empleada se pueden practicar todas esas catorce obras.

Y no digo nada si en vez de una se dispone de muchas horas todos los días.

Sume

5023. ahora a esa lista de medios con que se puede trabajar, la influencia social, la simpatía personal, la facilidad de palabra, el buen trato, las pequeñas atenciones y demás prendas con que Dios suele adornar a sus hijos y explote todo eso en favor de la obra querida y dígame usted si allí hará falta gastarse el dinero en el albañil de los ligeros reparos, en el carpintero de los cuatro chapuces, en el tenedor de libros, en el maestro para la escuela nocturna, etc., etc.

Y ¡claro!, todo lo que sea ahorrar dinero, ¿no es ganar dinero?

El secreto de muchos adelantos

5024. ¡Si se convencieran muchos de esos declamadores de la dificultad del dinero, de la gran ganancia del mismo que en favor de sus obras podrían obtener, sólo con que metieran en ellas un poquito más el hombro!, y quien dice el hombro, dice la mano, la cabeza y todo lo que pueda producir trabajo.

¡Ahí es nada lo que vale ese trabajo de todos los días y de muchas horas al día, de todo el cuerpo con sus miembros y sentidos y de toda el alma con todas sus potencias, de buena memoria, buen entendimiento y buena voluntad, que no mira ni la molestia que produce ni el jornal que espera!

¿No os habéis admirado y hasta asustado muchas veces ante la vitalidad y multiplicidad de efectos de algunas obras o instituciones?

Allí hay un hombre que trabaja de verdad y con constancia, ahí está el secreto.

La fecundidad de las habilidades y aptitudes propias aprovechadas

5025. Se me ocurre preguntar algunas veces que oigo quejarse a algún conspicuo o conspicua de lo poco que adelantan sus obras o de lo mucho que decaen; y después de oírles decir que se han gastado el oro y el moro en atraer a unos y en convencer a otros, quisiera preguntarles: pero usted, además de dar su dinero, ¿no ha llegado a dar su trabajo personal? ¿No ha sudado en esa obra? ¿No?, pues no se extrañe usted de que aquello no haya cuajado.

Conozco, en cambio, casos de fecundidad y prosperidad admirables, debidos a ese desinterés del trabajo propio, y por no ser prolijo, callo.

6. La abnegación del nombre propio

5026. Tengo para mí que más dinero y más vida se dan a una obra católica, social o benéfica, ocultando su propio nombre el hombre o los hombres que están al frente de ella, para que *sólo brille y suene* el nombre de Dios y el de la obra, que poniendo esos mismos en ella todo su trabajo y todo su dinero.

Un caso

5027. Para explicar bien mi pensamiento.

Don Fulano funda una escuela, un centro, un asilo, una obra católica cualquiera; pone a servicio de ella toda su actividad, su ingenio, su dinero y su cariño; es realmente *el hombre de* aquella obra; y manda que *su retrato* figure en la sala de recibir o en lugar principal o visible, que *su nombre* se invoque para nombrar la obra, o para adquirir favor de ella, que sin *su consejo o gusto* no se mueva mano ni pie. En una palabra, que la obra aquella, más que de san José, o san Juan, o quien sea el patrono, es la obra de *don Fulano.*

Este es el caso, y ante él digo que ese sacar a relucir y ese refregar tanto el nombre propio es condenar la obra, puesta a la sombra de ese nombre, a una vida penosa, estéril y fugaz.

Y que, por lo contrario, sacrificar a beneficio de una obra o de una idea el nombre propio, no permitiendo que suene más que lo estrictamente necesario, y trabajando constante y delicadamente por confundirse en un modesto anónimo y *colgar* a la obra todas las iniciativas y todos los buenos frutos del *hombre* de la misma, hacer eso -repito- es asentar la obra sobre base sólida y duradera y prepararle una vida lozana y fructífera.

¿Pruebas?

5028. Allá van.

Una obra católica será tanto mejor obra y tanto más católica cuanto más tenga de Dios; es así que las obras de los *don Fulanos* tienen poco o nada de Dios, luego las obras *donfulanistas* son *poca obra y poco católicas.*

La *mayor* de este silogismo creo que no necesita demostración; la *menor* se demuestra fácilmente con otro silogismillo.

Las obras *donfulanistas* son obras del *yo,* es así que las obras del *yo* tienen poco o nada de Dios, luego...

Sí, señores, en las obras buenas, lo he dicho mil veces: mientras más *yo,* menos Dios.

Dios es muy celoso de su gloria y en ella no admite partido con nadie. Y ¿no creen ustedes que ése decir *yo soy* el padre, el jefe, el fundador, el que he hecho, el que he traído, el que he arreglado, el que he vencido, etc., etc., y decirlo a toda hora y en toda ocasión y en todos los tonos y con todos los disimulos imaginables; y ése no tolerar ni sombra de poder ajeno que amengüe o discuta aquella paternidad, y ese alabar su obra a costa de ofender a la que se cree que está enfrente o encima de

ella; y ése mirar por lo propio fastidiando y hasta perjudicando al vecino, no creen ustedes -digo- que eso es, ni más ni menos, que una suplantación indigna o un despojo hipócrita de la gloria de Dios perpetrado por el *yo?*

5029. ¡Cuántas veces, al visitar ciertas obras, he sentido no sé si pena o risa o las dos cosas juntas, al ver a hombres buenos, por otros conceptos, desbaratarse por demostrar, claro que con arte y habilidad, en los que el egoísmo es maestro consumado, que ellos y no don Fulano ni don Perengano, ellos, ellos solitos con toda su *gran* paciencia y su *gran* caridad y su *gran* constancia y su *gran* talento (repito que todo eso se dice con gran habilidad) son los que *han hecho aquello,* y los que allí *cortan el bacalao.*

Y no crean ustedes, a veces hasta invocan a Dios y a la santísima Virgen y a los santos patronos, pero se dice todo de un modo que venga uno a comprender que el señor o el padre aquél es *también* hombre de *gran* influencia por allá...

Fin de cuentas

5030. Con tanto meter al *Yo* en todas partes y en todos los rincones y con tanto *saturar* la obra de *Yo,* ¿me quieren ustedes decir qué hueco le queda a Dios allí? Y no cabiendo Él, ¿cabrán sus bendiciones, sus auxilios, sus luces, sus fuerzas, sus frutos?

No, no, ¿qué van a caber?

Allí cabrán, no más, el criterio estrecho y ruin, la infecundidad, la antipatía, los celos y las envidias del egoísmo.

Y estos elementos, tarde o temprano, darán al traste con la obra en cuestión.

Y se preguntará después: ¿por qué murió?, y quizá se responda: porque faltó el dinero.

No, señor -respondería yo-, aquello murió no por falta de dinero, sino por falta de Dios y sobra de *yo*...

El valor del anónimo

5031. En cambio, cuando la obra es anónima y no sirve para encubrir robos de gloria de Dios, ¡que bien vive!

El Señor la bendice con efusión, porque puede decir complacido: es *mi obra;* los beneficiados por ella la miran con confiado cariño, porque los beneficios que de ella reciben no les impone la *esclavitud* y la *adoración* del amo; los amigos y bienhechores, por lo mismo que no *aparece* ser de ningún particular, la miran y quieren como cosa propia; y la obra crece, se desarrolla y vive en un ambiente de benevolencia, prosperidad y cariño que la hace amada de Dios y de los hombres.

Y cuidado que yo no pretendo negar a cada uno lo suyo, y, por consiguiente, yo no relevo a los beneficiados por una obra de éstas de la obligación de gratitud, respeto y cariñosa docilidad para con el hombre, que tanto se sacrifica por ellos.

Negar esa obligación sería una injusticia y una crueldad.

Pero eso es una cosa y otra es convertir la obra en *incensario* que perpetuamente esté echando humo al hombre aquel, o en *jardín* de sonrisas, halagos, indignas sumisiones y hasta adoraciones en donde nuestro hombre se recree, o en *plataforma* para desde allí predicar a los cuatro vientos sus virtudes y magnanimidades...

Esto también es injusto, porque es hacer del fin medio, es hacer servir la obra al hombre y no el hombre a la obra, como exigen el orden y la rectitud.

5032. Conque, señores *don Fulanos,* amos y padres de obras católicas, ¿queréis que vivan y prosperen éstas? Empezad por encoger la *cresta* de vuestros nombres y apellidos y de vuestros

respetables *yo* y proclamad de día y de noche, y en todos los tonos, y de todas las maneras, que el *Amo y Padre* de todo aquello es el Corazón de Jesús.
¡El desinterés del nombre propio! ¡Cuánto vale!

7. El gran tesoro

5033. Paréceme que podría decirme cualquiera, que haya tenido paciencia de leer la resolución del que se ha dado en llamar magno problema de la dificultad del dinero para las obras buenas, que según esta doctrina, eso de encontrar dinero para estas obras debe ser cosa tan fácil como beberse un vaso de agua.
Y yo le respondería que así es: *siempre* que se guarden los requisitos que yo he venido enumerando para resolver esa dificultad. De modo que el *trabajo para buscar dinero no está precisamente en buscarlo, sino en prepararse para buscarlo, o mejor dicho, en prepararse para dejarlo venir*.
Porque ocurre eso; que, puestas las condiciones dichas, no hay ni que buscar el dinero, él solo, o más propiamente, Dios nuestro Señor, se encarga de ponerlo en nuestras mismas manos y en nuestros mismos bolsillos.
Sobre todo, si a las condiciones indicadas acompaña, impregna, vivifica el último ingrediente que me queda que explicar, y que, por ser el más importante y eficaz, he dejado para remate de este pobre estudio.

La confianza en el Corazón de Jesús

5034. No vacilo en llamarle el *gran tesoro.*
obra buena emprendida con esa confianza, yo lo aseguro y lo pruebo, es obra terminada y de vida perdurable.

¿Qué es?

Y como me interesa que esta idea *entre* bien en la cabeza y en el corazón y en la vida de los hombres de acción católica, quiero fijar con precisión los términos para que mi aseveración no se achaque ni a piadosas exageraciones, ni a entusiasmos más bonitos que reales.

5035. ¿En qué consiste esa *confianza* en el sagrado Corazón tan eficaz para atraer dinero?
No es un quietismo piadoso que nos exima del trabajo y de la iniciativa propios, y que, cruzándose de brazos, lo espere todo del auxilio de lo alto.
No es *arremeter* a toda obra que se presente, conveniente o inconveniente, oportuna o inoportuna, adecuada o inadecuada a las circunstancias de tiempo, de personas y de medios, contando con que desde arriba ya lo arreglarán todo.
No es *sólo la fe especulativa,* si, vale decirlo así, que cree que Dios tiene providencia y que Dios ayuda a los hombres que confían en Él; no es tampoco el pelearse con las matemáticas, y con el cálculo prudente y con el sentido común...
Nada de eso es esta confianza de que hablo.

5036. Esta confianza tiene tres aspectos, uno mira al Corazón de Jesús, otro a la obra y otro a nosotros.

Con respecto a Él

Confiar es creer firmemente que Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, con el mismo poder con que está en el cielo y con el mismo Corazón con que consoló y remedió tantas penas y miserias en su vida mortal, está en el Sagrario de nuestra iglesia.

Contar con que en ese Sagrario ni su poder ni su Corazón están ociosos. *Tener en cuenta* que por mucho interés y mucho afán que tenga uno por el feliz éxito de una obra buena, muchísimo más tiene ese Corazón vivo, real y poderoso que está en el Sagrario, porque Él ama su gloria y nuestra salvación infinitamente más que nosotros podemos amarlas.

Y que, por consiguiente, por cada buen deseo nuestro en favor de aquella obra, Él tiene un millón y por cada esfuerzo nuestro, a veces infructuoso o ineficaz, porque valemos poco, Él dará una bendición que valga por un millón de esfuerzos nuestros.

5037. *Contar* con que ese Corazón tiene *amor y quiere el bien* para todos y cada uno de los hombres, y de tal modo para cada uno como si no tuviera que dar amor más que a ése sólo; *tener presente* que una obra católica, *en tanto* es buena, en *cuanto* sirve para llevar a cada hombre esa *ración* de *amor* y *de bien* que el Corazón de Jesús tiene *empeño decidido* en dar, y tanto más buena y más querida de Él será, cuanto *mayor ración dé.*

Convencerse de que a pesar de todos sus anonadamientos eucarísticos y su vida de perpetuo perseguido, y de incansable paciente, no *permitirá jamás* que falten en absoluto los medios para hacer llegar su amor a los hombres y para que los hombres se lleguen a su amor...

Con respecto a la obra

5038. *Confiar* es tener cuidado de que la *obra responda bien a esa necesidad* del Corazón de Jesús.

Si Éste tiene necesidad de comunicarse con los hombres, y no quiere comunicarse directamente, sino por medio de otros hombres, la obra que sirva para esa comunicación tiene una *gran razón de ser y de vivir,* y vivirá.

5039. ¿Hay un pueblo sin templo en que congregarse, sin púlpito desde donde se predique, sin copón en donde guardar el sacramento de la vida...? ¿Hay niños sin padres que les den pan y cariño, sin maestros que les enseñen a Cristo...? ¿Hay obreros sin trabajo, humildes explotados sin defensa, jóvenes sin protección ni guía...? ¿Hay doncellas en peligro, viudas en abandono, ancianos sin abrigo, desamparados sin horizontes, afligidos sin consuelo, pecadores con remordimientos, sin alivio...?

Pues bien, el Corazón de Jesús *quiere y necesita,* supuesto su amoroso designio de salvar a unos por medio de otros, una obra, una institución por medio de la cual su *amor y su bien* lleguen a esas pobres almas.

Y ¿sabéis lo que esto significa? Que podrán esas almas aprovecharse o no de ese amor y de ese bien, según quieran, porque son libres, pero lo que *no podrá ocurrir* es que falte dinero, ni recurso alguno para que viva la obra vehículo del Corazón de Jesús.

En el *presupuesto* del banco de la divina providencia hay seguramente *consignada* de una partida para esa obra.

5040. Toda la dificultad está en la elección de la obra, que sea una obra que *sirva* al Corazón de Jesús, que, si *sirve,* no hay que preocuparse más que de *gastar la consignación de los presupuestos divinos.*

Y eso es confiar en el Corazón de Jesús o sostener una obra contando *sólo* con esta *consignación,* una vez que se esté convencido de que la obra *sirve.*

Con respecto a nosotros

5041. Esta confianza pide de parte del hombre, autor y sustentador de la obra, lo que hacía falta a san Pedro para andar por encima de las aguas: *dejarse ir*.

Convencido de que el Corazón de Jesús es el Corazón de Jesús y de que la obra es más de Él que de uno, no hay que hacer más que eso: dejarse ir.

Es decir: procurar que la obra siga siendo lo que el Corazón de Jesús quiere que sea, y esperar que no faltará nada.

¿Que llega el sábado o el fin de mes y hay que tener reunidas mil, dos mil pesetas? *déjese usted ir*, que ya vendrán.

¿Que hace falta un tabique allí, una reparación aquí, papel para esto o material para aquello, y no hay *de qué?*

Cómprelo usted y *déjese ir*.

¿Que se han borrado tantos socios y se han dado de baja tantos bienhechores, y se ha perdido tal limosna y se ha disminuido cual entrada y no se sabe por dónde va a venir el mes próximo el dinero? Siga usted, que el dinero de esa obra sabe muy bien su camino, y *déjese ir*.

Pero -quizá me objete alguno- para *dejarse ir,* como usted dice, hace falta tener la sangre muerta, o más paciencia que Job o más fe que Abraham, o no dormir ni comer de las continuas desazones, y eso...

No, para *dejarse ir* de ese modo no hace falta más que tener confianza en el Corazón de Jesús, cosa la más cómoda y fácil y al alcance de todas las fortunas espirituales...

Respuesta final

Sin dinero, ¿qué vamos a hacer?

5042. Ahora, y con estas consideraciones a la vista, ya puedo responder a los que hacían las preguntas del principio.

¿Va usted a fundar un catecismo, una escuela, un centro, una juventud, una obra cualquiera?

Primero preocúpese de solear, alumbrar y vivificar su proyecto ante el Sagrario. Después que haya llevado esa misma idea unas cuantas veces ante el Corazón de Jesús, empezará a *ver* y a *sentir;* a *ver* si debe y lo qué, cómo, cuándo y con quién debe empezar a trabajar. Y a *sentir* en su alma una especie de cosquilleo inquietante primero; una decisión entusiasta, más tarde, y, por último, algo así como un *empujón,* que equivale a un *¡anda ya!,* que lo pone a uno en una actividad asombrosa.

Para prevenir desorientaciones y no malograr esfuerzos, busque el consejo y la dirección del encargado por Dios de aquella clase de obras o necesidades y entonces, si trata, por ejemplo de fundar un catecismo, sale usted a la calle y con la palabra, con la mano, con la campanilla o con lo que usted quiera, empieza usted a llamar a todos los chiquillos *catequizables.*

Que no tiene dinero y ¿qué les va a dar para atraerlos? Lo que tenga a su disposición.

Aparte de lo que, sin que usted se dé cuenta, está haciendo el Corazón de Jesús desde el Sagrario, usted va a dar a esos niños por lo pronto una buena cara, un buen trato, una caricia, un cuentecillo, un rato de juego, una coplilla, y junto con todo esto y sirviéndole de condimento, mucho, mucho cariño (los niños huelen *eso* al punto), y yo le aseguro que por lo menos su catecismo queda fundado aquel día y con *cuerda* para muchos días más.

Y ya ve usted: hasta ahora no ha sido menester gastar ni un céntimo.

5043. ¿Que para más adelante, para conservar la asistencia, harán falta algunas pesetillas para libros, material pedagógico, etc., etc.?

Sí, señor, que harán falta.

Como también las necesitará el fundador o sostenedor de una escuela para pagar maestros y papel; y el de un centro, el de un periódico o un patronato para los mil gastos que ocurran.

Pero también le anuncio, para su satisfacción, que, mientras la obra tenga *su hombre,* la aliente el *celo* incansable e ingenioso de un *grupito,* por reducido que sea, la preserve e incomunique *contra todo microbio* la *abnegación* del dinero, del trabajo y del nombre propios, y se apoye, como en su más sólido fundamento, en la *confianza* sin límite ni recelo en el Corazón de Jesús, la obra vivirá, crecerá y se multiplicará por los siglos de los siglos con dinero y auxilios abundantes y hasta de sobra.

¡Matemáticamente cierto!

El último reparo

5044. ¿Que todo eso que yo propongo para buscar, encontrar y sustituir el dinero para la acción católica es difícil, muy difícil, casi, casi imposible?

La última respuesta

Respondo con una sencilla distinción: si a la acción católica, si al apostolado se va con miras terrenas y con espíritu mundano y naturalista, ciertamente, todo eso que ya he dicho de celo, abnegación y confianza, es más que difícil, imposible.

5045. Pero si al apostolado se va partiendo de la comunión bien *digerida y asimilada* de la Hostia del Sacrificio de la misa (no sólo centro del símbolo católico, sino principio vital de toda actividad católica) y en el ejercicio del apostolado, se procura recordar constantemente que está uno enviado por el Cordero de su comunión de la mañana para ser también *cordero entre muchos lobos*, o más breve:

5046. Si a la acción católica se va como *católico, con fines y medios católicos,* entonces las dificultades se truecan en facilidades y lo irrealizable en bellas y espléndidas realidades, y se repite el milagro mil veces obrado por el apostolado auténtico de la victoria del cordero sobre los lobos y de la conversión de los lobos en corderos.

V. EJEMPLOS DE APOSTOLADOS MENUDOS

1. El apostolado del número uno

> Cuando fueres invitado a unas bodas no te sientes en primer lugar...(Lc 14,8)

5047. Raro el nombre, ¿verdad? ¿Algo norteamericano? Es, sin embargo, un apostolado tan católico como útil para los que lo reciben y difícil para los que lo practican.

Y allá va la solución de eso que más que otra cosa parece una charada.

El número uno, que es el más chico de todos los números, tiene la ventaja de ser el más deseado de todos ellos.

¿Qué desea, si no, el estudiante en su clase, el obrero en su taller, el amigo entre los suyos, el elegante entre los que aspiran a serlo, la vestida a la moda y pretendiente a llamar la atención y todos los hombres y todas las mujeres con sus dineros, ciencias, habilidades, posiciones, distinciones y prendas naturales y adquiridas?

¡Ser el número uno!
¿Y qué es lo que a todos nos cuesta más trabajo?
¡Dejar de serlo!
¡Y que tenemos poco metido en el tuétano de nuestro ser y de nuestra vida el dichoso numerito!
Y, aunque sólo los locos podrán presumir de ser el uno en todo, todos más o menos, nos halagamos con llevar en propiedad algunos unos, aunque sean modestos.
Días pasados me decía un pobre basurero con aire de emperador: «Mire usted, señor mío; usted sabrá muchas cosas y será usted lo que usted quiera, y yo en todo eso seré un cero a la izquierda; pero *en cuestión de basuras y desperdicios,* soy el número *uno* en *toa* esta tierra...».
Y aquí asoma ya mi apostolado en cuestión:
Puesto que a todos halaga tanto el ambicionado uno, ¿no haríamos una obra de muy fina caridad para con el prójimo y de muy generosa abnegación para nosotros, *cediendo todos los unos de que podamos disponer,* sin faltar a nuestro deber, en favor de los que nos rodean o tratan?

Casos corrientes

5048. ¿Vais a subir a un tranvía, tomar billete de un tren, entrar por una puerta, pasar por una acera? Dejad o convidad el *primer lugar* al que está junto a vosotros.
¿Visitáis un pueblo, un edificio, una institución, leéis un libro, oís poesías, discursos, cantos, relaciones? Dejad allí el *uno* que teníais para *vuestro* pueblo, casa, gusto, obra, etc., para lo *vuestro.*
Sed generosos de vuestros *unos*, aun a costa de que os dejen el *dos*, el *diez,* el de *en medio*, el *último,* y yo os aseguro que pasaréis por el mundo haciendo una siembra de paz, bienestar y aproximación de almas entre sí y con Dios, mucho, muchísimo más abundante que si sembrárais oro, ciencia y poder...
A mis seminaristas les tengo enseñado y con gusto indecible les veo practicar este modo de honrar e imitar al Corazón de Jesús de su Sagrario.

Lo mejor y lo primero,
para mi compañero

¡Él me los convierta en sacerdotes-apóstoles del número *uno...!*

2. El apostolado de la santa curiosidad

5049. El Apostolado es obra, ante todo, de *contacto* y como medio decisivo de ese contacto quiero presentaros, entre serio y broma, pero con toda la sana intención de que soy capaz, este extraño apostolado de la *santa curiosidad.*
Reíd lo que queráis, pero no retiro ni una sola palabra.
Y para demostrároslo empezaré por la última palabra, no siempre se va empezar por la primera.

Curiosidad

5050. Seguramente todos los que nos preciamos de tener buen sentido, hemos protestado contra ese feo vicio que ha dado en llamarse femenino y que sabemos que a veces es común a los dos sexos.
Y vedme ahora con toda mi seriedad encaramarme en lo alto de la tribuna de la prensa para deciros: *¡Hay que ser curiosos!*
Se encuentra uno en la calle una niñita pobre que lleva en la mano un vaso o un bote con la etiqueta de la botica; pregunta de curioso al canto: «Niña, ¿quién está malo en tu casa? ¿Desde

cuándo? ¿Qué tiene? ¿Quién te lo gana?...». Las respuestas de estas preguntas ponen a usted, cura o catequista de aquella niña y de su familia, en conocimiento de un enfermo y quizá de un necesitado de los auxilios de su ministerio y de su caridad.

Además, la palabra de aquella niña, repitiendo cerca de su madre enferma las preguntas llenas de cariñoso interés del sacerdote, no sabemos hasta dónde penetran y qué saludables disposiciones despertarán.

Se encuentra usted, sacerdote, a un obrero con la mano vendada o en cabestrillo; una viejecita sentada en el umbral de la casa, fatigada del mucho andar; una mujer que pasa llorando, un joven con cara de convaleciente o de enfermo; un niño que le besa la mano o le mira con interés... ¡Curiosidad al canto!

¿Qué le pasa? ¿Cómo fue eso? ¿Necesita usted algo? ¿Quiere que le ayude? Y ¡eche usted preguntas y no se canse! que aquellos pobrecitos a quienes, sin conocer, acomete, no sólo no extrañarán su curiosidad, sino que la recibirán como gota aliviadora de consuelo.

Sus caras, agradecidas, se lo dirán.

¡Pobrecillos los pobres!

¡Despiertan tan poco interés a su paso por el mundo!

¡Cuántas, cuántas veces les he oído este gran argumento de la bondad y caridad de las personas que ellos quieren: mire usted, nos quiere tanto y es tan bueno, que no pasamos una vez por su lado que no nos pregunte por la familia y por las cosas que nos pasan!

Y por eso llamo

5051. Santa a esa curiosidad.

Porque no es el apetito desordenado del chisme, ni el insoportable *métome* en todo de los *colados*, sino el fino, delicado, caritativo interés de saber y descubrir miserias, enfermedades, penas, alegrías, desolaciones o triunfos para derramar sobre ellos la irradiación de la *luz* y el condimento de la *sal* de que nosotros, los sacerdotes, somos depositarios y distribuidores.

Curiosidad santa, porque es efluvio de la santa caridad en que debe consumirse el corazón de un pastor que ansía conocer a sus ovejas y ser conocido de ellas.

Santa, porque es instrumento del celo que se ingenia con introducirse y multiplicarse.

Santa, porque, empezando en la pregunta, al parecer indiferente, no se detiene, sino en la conquista para el amor del Corazón de Jesús de las almas por quienes se interesa.

Casos

5052. de este apostolado los tenéis en el Evangelio. Abrid por cualquiera de sus páginas y veréis al maestro santo, al Padre bueno, ejerciendo este menudo apostolado.

¿Por qué lloras? ¿Que quieres que te haga? ¿Qué quieres? ¿Tú crees? ¿Qué buscáis? ¡Si tú supieras!... Y aquellas mil y mil preguntas dirigidas a otros tantos necesitados en mitad de la calle, en la puerta del templo, en el campo, en donde quiera que los cogía.

Y ¿recordáis los milagros de alientos, de renovación de vida, de ensanche de corazones, de resurrección que obraban aquellas preguntas de *santa curiosidad?*

Yo también los recuerdo, al par que, sin poderlo impedir, pasan por mi cabeza y por mi corazón los daños de muchas, muchas pobrecitas almas que se consumen de pena o de miseria, porque no han tenido la dicha de que sobre ellas se inclinen apóstoles de Jesús a ejercer aquella *santa curiosidad* del maestro...

3. El apostolado del saludo

5053. Y va de apostolados menudos. Y cuenta que les llamo menudos *sólo* por la apariencia, que en sí y en sus efectos nada tienen de menudos y sí mucho de grandes y trascendentales.

Verá, señor cura si no, qué partido puede sacar en ésa su rebelde o indiferente feligresía, de esa sencilla manifestación de respeto y aprecio que se llama el saludo.

Empiezo por sentar esta regla de práctica pastoral: el párroco que saluda a *todos* sus feligreses, no tardará en ser saludado y tratado con cariño por los mismos.

Fijaos que subrayo *todos* para indicaros que en él entran ricos y pobres, chicos y grandes, buenos y malos, hombres y mujeres, *todos* los feligreses.

Precisamente la contestación a

Un reparo

que paréceme me está usted haciendo allá en sus adentros, contra la universalidad de la regla sentada, me va a dar hecho y razonado este articulillo.

-¿Cómo voy yo a saludar a quienes ni conozco ni me conocen? ¿No está eso contra la razón natural del saludo, que sólo se debe a los *conocidos?*

Yo me callaría ante ese reparo, al parecer tan justo, si no fuera porque él mismo es la razón que me ha movido a sentar aquella regla de la universalidad del saludo pastoral.

La respuesta

5054. Verá usted lo que yo he observado en mi vida de cura y en la de otros.

Sobre nosotros, los pastores de almas, pesa, pero con pesadumbre a veces abrumadora, un encargo del Pastor de los pastores: «que el pastor conozca a las ovejas y que las ovejas conozcan al pastor.»

Hemos de conocernos ovejas y pastores, esto es lo mandado.

Pero, ¿cómo? ¿Cómo va a conocer el pastor que vive en el valle, a las ovejas que riscan por las montañas inaccesibles? ¿Cómo va a conocer el cura a feligreses que jamás pisan el umbral de la iglesia y por este no estar nunca en casa, de los hombres del día, se hacen *invisibles?*

Deber parroquial es, como medio de ese conocimiento mutuo, el padrón hecho por el párroco en las mismas casas de sus feligreses; pero hablando particularmente de las ciudades, ¿se consigue del todo y siempre ese objeto?

El padrón parroquial

5055. Mis hermanos los curas saben, como yo, lo que pasa; si son casas ricas, *el señor no está*, de ordinario, y como no es cosa que reciba la señora, ausente el marido, el pobre cura se ve precisado a conocer a aquellos feligreses y llenar su padrón por los datos que le suministra el criado antiguo o el ama de llaves de la casa.

Si son casas pobres, poco más o menos resulta lo mismo: el hombre está en el trabajo, la mujer lavando en casa ajena y el pobre cura tiene que rellenar su padrón con los datos más equivocados que ciertos, que a regañadientes unas veces y otras bromeando y casi nunca exactos, le ofrece la casera o portero.

No es mi ánimo rebajar el gran alcance que en la vida parroquial tiene el padrón o censo de los feligreses, tan mandado y recomendado por los prelados y concilios.

Sólo es mi intento demostrar que ese sólo medio no basta para llenar los anhelos de nuestro Señor Jesucristo de que se conozcan pastores y ovejas.

¿Qué hacer, pues, ante ese empeño de las ovejas de no dejarse conocer y ese anhelo tan urgente como irrealizable del pastor, de darse a conocer?

Sin despreciar otros medios y ateniéndome ahora al fruto de mis experiencias, puedo asegurar que el saludo ofrecido por el cura, espontánea y cariñosamente a toda persona que se encuentre por las calles de su feligresía, llena admirablemente ese abismo abierto entre uno y otros.

¿La explicación?

5056. Sea porque Dios recompensa ese acto de humildad de su ministro en dar un saludo al que, quizá, responde con una mueca de desprecio, o peor, con una blasfemia; sea que recibir honores a todos halaga, aun a los mismos enemigos. Quizá porque ese saludo, tan espontáneamente ofrecido, mata en un instante la leyenda del orgullo clerical; quizá y esto ocurre mucho a los pobres, porque no están acostumbrados a la delicadeza y buen olor del saludo cristiano...

Sea por cualquier cosa de ésas o por todas juntas, es lo cierto que de *mil* saludos que he dado a feligreses desconocidos, he sacado *novecientos noventa* feligreses que me saludan agradecidos, que me detienen en la calle a hablarme de sus asuntos, y que, *por fin,* se han enterado de que soy su cura...

Y sólo en esa proporción de *diez* por *mil* han entrado los que a mis saludos repetidos han contestado y contestan, volviendo la cara a otro lado.

Me parece que la estadística ésa enseña y halaga, ¿verdad?

No sé si a usted o algún otro que lea lo encontraré incrédulo o desconfiado.

No me enfadaré por eso, tanto más cuanto la comprobación está en su mano.

5057. Propóngase usted, señor cura, y todos los que anden en apostolados populares llevar a la práctica, por espacio de un año y quizá por menos tiempo, el *apostolado del saludo,* y...

Usted y los otros me avisarán del resultado y hasta me darán gracias del invento.

4. El apostolado de los ángeles de la parroquia. Algo de historia

5058. Decía yo, siendo arcipreste de Huelva, en la plática del retiro espiritual del primer viernes de agosto de 1911 a las *Marías:*

«¡Qué contento estaría yo si llegara a contar en cada calle de mi parroquia con *dos ángeles custodios* de carne, hueso y alma grande que, *en compañía* de los ángeles invisibles, de los vecinos de aquella calle, tomaran a pechos el cooperar cerca de esos vecinos a la obra de los ángeles y de su cura!».

Estos *ángeles de la calle* -proseguía yo- tendrían a su cuidado el velar por los enfermos de la misma calle, de cuya alma nadie se acuerda; por los pequeñuelos no bautizados por abandono de sus padres; por los niños sin escuela o en escuelas malas; por los viejecitos y doncellas sin amparo; por los descuidados en el cumplimiento pascual y de los días festivos; por los aficionados a lecturas peligrosas o malas y por todos los que de alguna manera están alejados de la parroquia y de los sacramentos.

La obra de estos *ángeles de la calle* ha de ser obra de *atracción a la parroquia,* obra de procurar el contacto entre las necesidades, tanto espirituales, como morales y materiales de la feligresía, con su madre la parroquia y su Padre el párroco.

Necesidad de los ángeles

5059. Hace urgente esta obra el aislamiento, cada vez mayor, en que van quedando las parroquias, sobre todo, las de numerosa feligresía.

En estas parroquias, de una parte, la escasez de clero parroquial; de otra, sus múltiples atenciones y ocupaciones, impiden o dificultan el que el párroco pueda dedicarse a visitar y conocer a sus

feligreses, como desea y manda la santa madre Iglesia, fundada en las palabras del Maestro: «El buen pastor conoce a sus ovejas y sus ovejas lo conocen a él.»

Es un hecho tan triste como cierto que en esas parroquias el párroco vive tan desconocido para la mayor parte de los vecinos como uno cualquiera de éstos.

Preguntad a muchos de los vecinos de esas calles de casas de seis y siete pisos por el nombre de su cura, ¿qué digo su cura?, de la parroquia a que pertenecen y no sabrán dar respuesta.

Y no se crea que se trata de impíos que tienen cortada toda comunicación con la iglesia, sino que en multitud de casos se trata de cristianos y cristianas que tienen adornadas sus casas con cuadros de santos y que oyen misa de cuando en cuando y hacen novenas a sus santos favoritos.

Nosotros, los que estamos al frente de parroquias populosas, sabemos por triste experiencia toda la espantosa verdad de ese abismo que hay entre innumerables feligreses y su parroquia.

Un caso

5060. Yo llevo al frente de mi parroquia cerca de diez años, cruzo a pie mi feligresía en todas direcciones con bastante frecuencia, entro en donde me dejan, saludo a todo el que me mira, hablo con todo el que me encuentro, tengo en las escuelas del sagrado Corazón cerca de mil chiquillos, que se renuevan incesantemente, y predico dentro y fuera de mi parroquia. Y, a pesar de todos estos medios de *promulgación,* todavía de entre mis cerca de veinte mil feligreses, tengo algunos que no saben cómo me llamo, y que, cuando se acercan a mí para algo que les tiene cuenta, me preguntan por el cura de la parroquia, y, sin que se tome a andaluzada, no son pocos los que se llegan a las puertas de mi casa preguntando a mi padre si él es el arcipreste de Huelva... y cuenta que entre otras *insignias* arciprestales, ostenta mi padre unos hermosísimos bigotes.

Y es lo que me digo: si estas gentes no conocen a su cura, ¿qué interés van a tener en llamarlo a sus casas cuando estén enfermos y en asistir a las funciones y sermones de su parroquia y qué medios le quedan al párroco de enterarse de sus enfermedades y apuros?

Y así van corriendo los tiempos y los acontecimientos, dejando cada vez más solo al cura en su parroquia y cada vez más apartados de él a sus feligreses. Y esta incomunicación ¡es tan funesta!

Una pregunta

5061. ¿Cómo salvar ese abismo entre la parroquia y sus parroquianos? ¿Quién o qué tenderá el puente por el que el cura vaya a sus feligreses y los feligreses a su cura?

A eso va la obra de los *ángeles de la calle.*

A multiplicar los ojos y los oídos y las manos y el corazón y el celo del cura, a fin de que puedan llegar a todas las casas de su feligresía; a poner bocas en la puerta de cada casa que repita en ellas lo que aquellos vecinos no quieren oír en su iglesia, a hacer y a decir sensiblemente lo que invisiblemente están haciendo los ángeles de aquellas pobres almas apartadas...

¿No os gusta,

5062. terminaba yo la plática a mis *Marías,* no os gusta ese oficio de *ángeles de vuestra calle?* ¿No es, después de todo, parte de vuestro oficio de *Marías,* que habéis de buscar compañía para vuestro Sagrario? ¡Qué dos títulos tan preciosos para ganarse el cariño agradecido del Corazón de Jesús: *María* de su Sagrario y *ángel* de su parroquia!

Ahora, vosotras responderéis.

¿Cómo me respondieron?

No muchas, que nunca estas obras de trabajo y pisoteo del amor propio tuvieron bulla de golosos, pero sí muy decididas y valientes se me presentaron en demanda de

Instrucciones para los ángeles

5063. Las que les di, atendiendo a que no contaba con *ángeles* para todas las calles, fueron:

1ª Que formando parejas fueran cada una de éstas, en la calle de su custodia, de casa en casa y de piso en piso, invitando a sus vecinos a que entronizaran en sus hogares el sagrado Corazón de Jesús.

2ª Con el fin de que esta entronización fuera real y no aparente o meramente oficial, que trabajaran porque a la entronización precediera la confesión y comunión de toda o la mayor parte de la familia.

3ª Que para salir al encuentro de dificultades, los *ángeles* se ofrecieran a tener y cuidar los niños pequeños de las madres pobres mientras iban al templo, a preparar a los que alegaran ignorancia, el examen de conciencia y demás disposiciones para la buena recepción de los santos sacramentos.

4ª Que el *Banco del Amo* regalaría los cuadros de la entronización, con marco, cristal y todo a los que no pudiesen comprarlo.

5ª Que se contentaran con proponer, invitar y suplicar y que evitasen a todo trance las discusiones con los vecinos visitados.

6ª Que *de camino* preguntasen con discreción sobre el bautismo de los pequeñuelos y el casamiento de los padres.

Y 7ª Que no perdieran de vista que, sacaran o no fruto visible, *siempre ganarían*, por lo menos, haber dado gusto al Corazón de Jesús y cooperado con Él a la salvación de las almas.

En marcha

5064. Preparadas con estas instrucciones y con los alientos y la bendición, que, sin duda alguna, debió darles el Amo desde el Sagrario, se echaron a la calle mis parejitas de *ángeles* el lunes siguiente al primer viernes de la invitación.

¿El resultado?

En confianza os diré que todo el valor y aliento que yo había tratado de infundir en los *ángeles* me faltaba a mí. Sufría, por anticipado, como hechos a mí los fríos recibimientos, las malas caras, las respuestas duras, los tratos groseros que me temía encontraran en no pocas de sus visitas.

¡Ahí era nada presentarse en las casas de feligreses obreros, lectores asiduos de periódicos rabiosos muchos de ellos, que jamás van a la iglesia y que pasan los veinte y los treinta años sin confesar ni comulgar, y presentarse no a darles bonos de pan o buenos acomodos, sino a proponerles lisa y llanamente que confiesen y comulguen y vayan a misa y coloquen en lo principal de sus casas como a Amo y Señor al Corazón de Jesús!

Les digo a ustedes, para confesión y confusión de mi falta de confianza, que la primera tarde que salieron los *ángeles*, entre las que mandé a mi propia hermana, sudé todo lo sudable y temblé como en mis buenos tiempos de estudiante en vísperas de examen.

¡Desconfiado de mí! ¿No debía saber yo que el generoso Corazón de Jesús *no podía* dejar *solas* a aquellas valientes? ¿No debía esperar hasta un milagro en favor de aquellas enviadas suyas que sólo contaban con Él y sólo por Él trabajaban?

¡Que lección

5065. recibí aquella tarde y he seguido recibiendo después!

Cierto que los *ángeles* de mi parroquia se encontraron con alguna de aquellas cosas desagradables que yo temía; pero cierto también que ellas, como yo, vemos sorpresas agradabilísimas y que tan cerca sentimos el auxilio del Amo, que sólo por su invitación, familias enteras, totalmente

incomunicadas con Dios durante veinte y hasta cuarenta años, se reconciliaron con Él; multitud de niños, ya mayores, se bautizaron, y no pocos *ayuntamientos* se santificaron.

La siguiente lista de entronizaciones del sagrado Corazón de Jesús da una idea del fruto obtenido con la visita de los *ángeles.*

Primer Domingo. - Seis.

Segundo. - Cuarenta y seis.

Tercero. - Ochenta y dos.

Cuarto. - Sesenta.

Y así en adelante.

Añádase a estos datos el no menos expresivo de que la mayor parte de los individuos de esas familias confesaron y comulgaron, no faltando quien hiciera su primera comunión, a los cincuenta años, y a otras edades, también altas.

¡Qué generosidad la de nuestro Amo!

Capítulo aparte merece el relato de otros resultados y de no pocos edificantes pormenores de estas entronizaciones, que a los que los hemos visto, como a los que los conozcan, harán repetir muchas veces:

«¡Qué generosidad la de nuestro Amo!».

Los ángeles en acción callejera

5066. Tomándolo de *El Granito de Arena* de entonces, voy a contar a los amigos una de las muchas fiestas que celebraron por barrios obreros de entronización del Corazón de Jesús, y de aquí podrán colegir lo mucho y bueno que recogieron estos *ángeles.*

Dice «El Granito»: «Después de haber recorrido de punta a cabo una calle y de haber invitado a sus vecinos masculinos y femeninos a que entronicen, primero en sus almas, con una buena confesión y comunión, y luego en sus casas al Amo bendito, señalan de ordinario la tarde del domingo para la fiesta de la entronización.

Se escoge una casa de zaguán o patio amplio y sobre un altarito con la más vistosa colcha de la calle y adornado con las flores de todas las macetas vecinas, se colocan graciosamente distribuidos, todos los cuadros del sagrado Corazón que han de ser bendecidos.

Es frecuente, también, que las ventanas y balcones de la calle luzcan colchas y blondas de lo más guardadito en el fondo del arca.

A la hora señalada, encontraréis a más del padre vicario o uno de sus coadjutores y la pareja de *ángeles* de la calle, a todos los vecinos de las casas *apalabradas,* a los chiquillos de la calle e islas adyacentes, abonados perpetuos a todo espectáculo gratuito, y a la banda de música de las escuelas del sagrado Corazón dispuestas a agasajar a su Amo con los más finos y sonoros de sus acordes.

Reunidos todos

5067. en medio de la calle, si el altar se ha colocado en el zaguán, o en el patio de la casa, si se ha colocado en éste, y obtenido el silencio compatible con el concurso y el local, procede el sacerdote a la bendición de las imágenes y a la recitación, con voz de todos sus pulmones, del acto de consagración de todas aquellas familias.

Una *marcha real,* tocada con todas sus ganas por los chiquillos de la banda, acompaña la colocación del cuadro en el sitio principal de la casa, que lleva a cabo el jefe de ella. Fórmase a continuación una procesión, con niños y niñas de la calle, llevando cada uno un cuadro sobre el pecho para hacer su distribución por las casas.

Es un espectáculo

5068. por demás pintoresco el de esas procesiones extralitúrgicas. Los *ángeles*, que van a la cabeza, se detienen ante las puertas de las casas que quieren entronizar al Amo, detiénense todos y, adelantándose el sacerdote, toma en las manos de uno de los niños un cuadro y lo entrega al o a la jefe de aquella casa, que lo recibe de rodillas, mientras dice: Aquí tenéis al Corazón de Jesús que quiere reinar sobre vuestra casa, ¿lo recibís de buena voluntad?.

De ordinario la respuesta es más *llorada* que *hablada.*

Que Él reine siempre y os bendiga a todos, y coreada por el canto de los niños y de los *ángeles,* del himno nacional del sagrado Corazón, y por los acordes de la música y por los truenos de algún que otro cohete, sigue la procesión avanzando por la calle y deteniéndose ante las puertas hasta distribuir el último cuadro.

Cierto

5069. que no todo es *vida y dulzura* en estas fiestas, que no faltan puertas cerradas en señal de protesta, y puertas entornadas por respeto humano y caras desdeñosas o feroces y otros *agasajos* del *tiznado,* pero también es cierto que el Corazón de Jesús entra en aquellas casas, no de contrabando, sino con las puertas abiertas de par en par, y en ellas se queda, no para estar ocioso, sino para seguir ejerciendo entre aquellas pobres familias sus oficios de Salvador y maestro. ¡Tiene en esos barrios tanto que iluminar, que curar, que consolar, que salvar!

Si vieran ustedes

5070. con qué dejo tan sabroso nos retiramos de esas fiestas, ángeles y Marías, chiquillos y músicos, espectadores e invitados, contentos todos de haber contribuido a levantar nuevos tronos al buenísimo Corazón de Jesús, en donde quizá por muchos años lo habría tenido levantado el demonio! Y que éstos no son tronos de un día, sino de duración, lo acredita lo que os voy a contar.

Los frutos

5071. ¡Vaya si van siendo duraderos los frutos de este nuevo apostolado angélico parroquial!

En la tierra, a pesar de todas sus malezas y espinas, de sus durezas y sus hielos, no hay semilla más fecunda que el sacrificio.

Y más fecunda cuanto esos sacrificios están más llenos de amor santo y puro del Corazón de Jesús.

Y como sacrificio, y de éste bueno, bueno, es el que van sembrando estos *ángeles,* no hay que extrañar que el fruto se venga a las manos copioso y duradero.

Aparte

5072. del fruto interior de cada cual, que de cierto sólo ve Dios, y por conjeturas ya vamos viendo los demás, y aparte de las *trescientas entronizaciones,* con su correlativo número de confesiones y comuniones que van obtenidas hasta la fecha, puedo anotar como *fruto cierto* de la siembra de los *ángeles* de mi parroquia:

1º El número, bastante crecido, de niños grandecitos *rezagados* que van siendo bautizados.

2º El aumento muy considerable, me atrevería a decir, de un ciento por ciento, de asistencia a la misa de precepto y a los cultos de la parroquia.

Las novenas celebradas desde que está funcionando la obra de los *ángeles* de la parroquia, y, entre ellas, la de la Patrona, se han visto concurridas como nunca.

3º La frecuencia de sacramentos de gentes que hacía veinte y más años que no los recibían.

4º Y éste es un fruto muy estimable: el apostolado que empiezan a ejercer los mismos atraídos por los *ángeles* entre sus vecinos y conocidos.

Gracias a este apostolado popular, ya se van presentando feligreses de los *desconocidos*, pidiendo que se vaya a su casa a *poner el cuadro* del Corazón de Jesús, como el que han puesto en casa de tal o cuál vecino.

Y 5º Sin pretenderlo directamente, la colocación de la imagen del sagrado Corazón de Jesús en lo principal y más visible de la casa, está dando una buena batida al respeto humano y está metiendo a valientes a no pocos acobardados.

Las burlas y los ataques que de los vecinos de la cáscara amarga reciben por haberse metido en *eso* del *cuadro,* quizá en algunos casos intimiden a alguno. Pero se observa que en otros muchos casos, lejos de meter a los atacados para adentro, los echan más afuera y confirman más en el buen camino empezado.

Tengo noticias de algunas batallas caseras libradas en torno a la dulcísima imagen del Corazón de Jesús y de no pocas victorias alcanzadas por la firmeza de fe y denodado valor de quienes hace poco no se hubieran atrevido ni a hacer la señal de la cruz en presencia de un niño.

Un gran fruto

5073. he sacado para mí, también, de esta *campaña angélica.*

A más de los alientos con que he reforzado mi esperanza, no pocas veces tentada en ese flaco, he sacado y sigo sacando la *experiencia* de que, si bien es cierto que hay muchas almas que no vienen porque positivamente no quieren ni querrán nunca nada con Jesucristo, y otras que no vienen porque no se *lo pide el cuerpo* (¡no dan más razón que ésa!); también es cierto que hay muchas más almas que no vienen porque no se les ha acercado nadie a decirles en serio: Venga usted.

¡Qué claro estoy viendo estos días por qué el maestro mandaba con tanta insistencia a sus apóstoles *ir! Id y enseñad;* pero no *esperando* que *vengan,* sino *yendo* a que *oigan...*

Quiero cerrar

5074. estas notas que sobre esa modestísima obra de celo de los *ángeles de mi parroquia* he ofrecido a mis hermanos los sacerdotes, y especialmente los párrocos por si quieren ensayarla con las modificaciones que su celo y las circunstancias les aconsejen, con este pensamiento del Evangelio.

Hay muchísimas almas que se quedarán perpetuamente ociosas e inactivas para el negocio de su salvación, si el padre de familia no *sale con frecuencia* a la *plaza* a buscarlas y a *invitarlas* a trabajar en la viña.

No se teman dificultades insuperables: la mayor parte de esas almas *paradas* no opondrán más razón ni obstáculos que el de los *cesantes* del Evangelio: *No hemos tenido a nadie que nos conduzca...*

El arcipreste de Huelva».

Y con esas mismas palabras cierra el obispo de Málaga la presentación del apostolado de los *ángeles de la parroquia,* añadiendo que las Marías, *enteradas* de su oficio, están haciendo de *ángeles* a las mil maravillas.

5. El apostolado de dorar espaldas

5075. Ved otra menudencia y dentro de ella un campo extenso para la caridad apostólica.

El nombre

¿Dorar espaldas? Si me leyeran sevillanos, y a fuer de tales *cofradieros* hasta la médula, exclamarían al punto: ¿pero va usted a dedicar a los apóstoles a preparar *armados?* (soldados romanos).

¡Vaya si llevan las espaldas doradas!

No, no llamo ahora la atención de los lectores hacia esas espaldas forradas de armaduras de dorada lata y de capas festoneadas de oro de más o de menos ley, sino, en general, hacia las espaldas de cualquier prójimo.

Porque supongo que os habréis fijado en que lo peor que solemos tratar de nuestros prójimos es... la espalda ¡Como que es quizá en donde todo el mundo anuncia y pega su papel!

Por muy dura, grosera e insolentemente que se trate a las veces a los presentes y por muchos dicterios y necedades con que alguna vez, sobre todo, cuando la ira nos saca de quicio, se escupa en su propia cara, todo es nada en comparación de lo que, cuando falta la caridad y sobran los celos y recelos de la envidia, se echa sobre las espaldas del prójimo *ausente.*

5076. ¡Pobres espaldas de los ausentes, qué mal paradas quedan en las reuniones de *amigos!* Y ¡no digo nada si son de enemigos!

El uno, porque *por ser amigo* no ha querido darle el mal rato de cantarle las verdades; el otro, porque no le gusta meterse donde no lo llaman; el de aquí porque su amigo es *así,* pero también comprende que es *asao;* el de allí, porque a él no se la pega nadie, y cada uno por un título, y todos, en realidad, *porque está ausente,* ¡qué modo de escupir, golpear, arañar y hasta apuñalar la espalda del que no está!

Es un hecho éste tan visto, repetido y lamentado que no necesito detenerme en describirlo más al por menor ni en pintarlo con más colores. Me basta sacar de la sola presentación de ese hecho una cosa digna de compasión; a saber: *la espalda del prójimo ausente.*

¿No os parece buen oficio para un alma que comulgA, con la caridad de Jesús ejercer esa compasión? ¿No os parece que será una excelente obra de caridad ese apostolado en favor de la *buena ausencia,* ejercido entre miembros de una familia, entre los contertulios de una visita o entre los comensales de una mesa, en donde quiera que peligre la salud y el buen color de la espalda del prójimo? Y como caridad es *oro,* saliendo con ella a defender la espalda atacada ¿no se podrá decir que se *dora?*

Modo de dorar

5077. Hay varios: comenzando por el más fuerte, que es *al fuego,* y terminando por el más suave, que es *al agua.*

La caridad, que es de Dios, tiene de Él la discreción, y ésta enseñará el procedimiento más conveniente en cada caso.

A las veces hará falta una protesta enérgica y contundente contra los murmuradores y una defensa calurosa del ausente (*dorado a fuego)* y a las veces bastará un sencillo gesto, una palabra de explicación o cambio de conversación *(dorado al agua).*

Espaldas indorables

5078. ¡Que las hay también! ¡De puro negras!

Y ¿para ese caso en que el prójimo ausente no tenga defensa posible? Todavía el apóstol de mi caso tiene un oficio que hacer.

Buscarle una *buena intención.*

Después de todo, sólo Dios las conoce y fuera de él nadie tiene derecho a atribuir mala intención a la obra de su prójimo por depravada que sea.

Un gran dorador de espaldas

5079. Un día fue a buscar a san Vicente de Paúl una aristocrática duquesa con el loco empeño de que aconsejara a la reina de Francia que propusiera a su hijo suyo para obispo, más apto, según la fama, para ceñir la corona de pámpanos de Baco que la mitra.

El bueno del señor Vicente se esforzó con todos los recursos de su ingenio y de su delicadeza en disuadirla y, sin decirle una palabra de la desarreglada vida del hijo, procuraba demostrarle que todavía no tenía las condiciones requeridas por los sagrados cánones.

La respuesta de la contrariada dama a la dulce firmeza del pobre viejo fue montar en cólera y como furia del infierno, con sus uñas y sus pies y con las sillas que encontró, caer sobre él hasta tirarlo al suelo, rasgado, herido y manando sangre.

Al ruido de la caída penetró en la estancia el hermano portero que, estupefacto y asombrado, no sabía a quien acudir primero, si a su buen padre o a hacer pagar caro a la enfurecida duquesa su sacrílega crueldad.

El señor Vicente cortó la indecisión, llamando al portero para que le ayudara a levantarse, y, cuando hubo salido su agresora, no hubo de decir, mientras con su pañuelo se limpiaba la sangre de las heridas de su rostro, más que estas palabras: *¡Lo que puede el cariño de una madre!*

Eso es *dorar*... lo indorable...

6. El apostolado del escondite

5080. éste, al parecer raro modo de apostolado, más que un apostolado especial, es una ley o condición de todos ellos y tan esencial e indispensable, que, si no se guarda en cada caso u obra de apostolado, resulta éste ineficaz o malo.

¿Qué es?

La aplicación y traducción constante a toda obra de celo de esta ley evangélica: *vuestra luz*... «De tal modo brille vuestra luz delante de los hombres, que vean éstos vuestras obras y glorifiquen al Padre vuestro que está en los cielos.»

De modo que, según el Maestro, hay que *brillar* delante de los hombres, sea por nuestra palabra buena, sea por nuestro ejemplo bueno, sea por la influencia de nuestra oración buena, pero hay que proyectar esa luz de manera que los hombres no nos vean, y, si nos ven, no reparen en nosotros, y en cambio, vean complacidos la obra buena por nosotros hecha, y esta complacencia los induzca a alabar a Dios o a acercarse un poquito a Él.

¡Que se vea y se guste la obra buena y por ella se alabe a Dios! ¿Y el autor, cooperador o fomentador de la buena obra?

¡Que se entretenga en *jugar al escondite!* Y esté cierto de que mientras mejor juegue y más difícilmente den con él, la obra por él hecha o fomentada más buena será y mayor cantidad de gloria procurará al Padre que está en los cielos.

La mejor ocupación de un apóstol

5081. Diría yo, sin miedo a equivocarme, que la mejor ocupación de un apóstol y la condición de fecundidad más segura para su apostolado era ésta: *jugar al esconder* en todo cuanto hace para gloria de Dios y provecho de sus prójimos.

¡Que no *lo vean!* ¡Que no *lo pillen!* ¡Cómo gritan los chiquillos que a eso juegan! Así hay que practicar el apostolado.

¿La razón?

5082. Muy sencilla y muy a la mano.

Que cada uno de nosotros, y los apóstoles no son excepción, tiene dentro de su corazón algo así como una gran esponja con sed rabiosa de un líquido que se llama *gloria,* y como no ande con gran cuidado, se moja y empapa hasta con las evaporaciones de ese líquido por lejos que esté y aunque no le pertenezca... Y, ¡claro!, como en el apostolado todo *es buscar gloria* y cada vez *mayor gloria* para Dios, hay el gran peligro que la *esponjita* nuestra, al oler *líquido de gloria, se equivoque* o se meta a *ladrona* y tome para sí lo que *sólo* iba para Dios.

Por eso el procedimiento mandado por el maestro que *sabe lo que hay en el hombre,* es éste: *poner la obra y quitarse de en medio,* para que en cuanto empiece a producirse la gloria de Dios, no haya peligro de *absorciones fraudulentas.*

5083. Conque, almas de apóstoles, esparcid a vuestro alrededor cuanto bienestar podáis, por medio de tolerancias de defectos, de menudos servicios prestados, de buenas caras y palabras a prójimos avinagrados, de delicadas e ingeniosas excusas de faltas ajenas y hasta grandes sacrificios, pero sin decir directa ni indirectamente: yo *fui...,* sino como el que no hace nada o lo hace tan a gusto y espontáneamente que no hace caer en la cuenta al que recibe el favor; es decir, haced muchas, muchas obras buenas chicas o grandes *jugando al esconder...*

7. El apostolado entre los indeseables

5084. «Con los que odiaban yo estaba pacífico, cuando les hablaba me increpaban sin razón.»

Las tres D

Como de otros apostolados os puedo decir que son de las tres B, por lo bueno, bonito y barato, este que hoy os presento, bien puede asegurarse que es el de las tres D.

O sea, difícil, difícil y difícil.

Es todo una dificultad.

Lo cual si no lo hace muy apetecible, lo avalora como muy meritorio.

¿Quiénes son los indeseables?

5085. Cuando os explique el campo de este apostolado, o sea, las personas sobre las que habrá de ejercitarse, comprenderéis ese misterio de las tres D.

Indeseables han sido llamados en *argot* periodístico y policíaco esos desgraciados profesionales de propagandas subversivas y espionajes, conspiradores y embaucadores de oficio contra el orden social, y que, con habilidad suficiente para no pillarse los dedos ni dar la cara en ninguna de las fechorías por instigación y complicidad de ellos preparadas, se pasan la vida vigilados por el recelo y temor de la policía y errantes de destierro en destierro por las protestas y sustos que su presencia va levantando.

Hombres inofensivos, al parecer, y hasta simpáticos y atrayentes, disfrazados unas veces de grandes señores, y de harapientos mendigos otras, pero en realidad, espíritus inquietos, tenebrosos, oblicuos, egoístas y siempre mal avenidos con la paz y bienestar de los demás, que por falta de pruebas claras no han podido ser reducidos en un presidio, ni en un manicomio, a pesar de las grandes afinidades que con los que viven en esos lugares presentan, han sido clasificados con el nombre, sin duda por eufemismo, de indeseables, que si no define su naturaleza, explica la posición que se han ganado con el miedo, la antipatía, el recelo y el funesto augurio con que por todas partes son recibidos. ¡De nadie deseados!, que bondadosamente equivale a esto otro: ¡Por todos temidos!

Otros indeseables

5086. Aparte de esos indeseables públicos de la sociedad y algo a ejemplo de ellos, no es raro encontrar en el seno de las familias más buenas, de las comunidades más observantes, de las corporaciones más ordenadas, aun de las reuniones más expansivas de amigos, individuos que, por sus trazas y procederes, bien se tienen ganado el título de indeseables, que casi, casi en justicia y en caridad equivalga al de insoportables.

Y cuenta que no llamo así a los obstinados descaradamente en el vicio; que esos se llaman malos o viciosos, y ya se sabe cómo han de ser tratados; ni a los que, por enfermedades o tribulaciones, pueden ser carga pesada para los que les rodean, para los cuales la caridad y la compasión tienen sus recetas conocidas; ni a los clasificadamente locos, que para ellos hay manicomios, o camisas de fuerza.

No son esos los de mi caso, sino esos otros incalificables e inclasificables, que no pueden ser llamados malos, porque se dicen y no pocas veces son o parecen buenos; ni enfermos ni sanos, porque de todo tienen en cada hora del día; ni locos ni cuerdos, porque para lo uno les sobran razones y para lo otro les faltan; ni amigos ni enemigos, porque todo lo que les falta de corazón y valor para ser lo uno o lo otro les sobra de cara para aparentarlo; ni virtuosos ni viciosos, por las promiscuaciones y variaciones de sentires, quereres y pensares...

Son seres tan atrayentes e interesantes, cuando son poco conocidos, como repulsivos e insoportables, cuando son tratados de cerca...

Su partido suele ser, no el más racional, sino el más ventajoso; su postura, la más airosa, al parecer; pero, en realidad, la más cómoda; su superior más bueno, el penúltimo, o sea, el que ya no manda; su mejor amigo, el que está más lejos o de quien, por el momento, esperan más; su más urgente obligación, salirse con la suya; su derecho más sagrado, quitar la razón a todo el mundo y no dársela a nadie; tan elocuentes a veces de palabra, como disolventes con sus ejemplos; Cantones, en el censurar a los demás, y Sanchos, en su vivir...

¡Tipo extraño! ¿verdad? ¡Pero desgraciadamente, no raro!

5087. Extrañeza que ha inducido a no pocos médicos y psicólogos a considerarlos, más como tipos clínicos, que como tipos morales; más como enfermos, que como seres responsables, y se han inventado y, con más o menos acierto aplicando los nombres de histerismo, neurastenia, psicastenia, etc., etc.

Sea sólo por enfermedad o por temperamento, como ocurre no pocas veces, sea por estado moral o por un poco de todo, que quizá sea lo más frecuente y que yo clasificaría de *egoismitis* crónica, complicada con falta de educación y sobra de nervios, lo cierto es que los desgraciados poseedores de los caracteres señalados se hacen y son en la familia, comunidad o reunión en donde les toque vivir o estar, cargas insoportables y verdaderos indeseados e indeseables.

¿Sus apóstoles?

5088. ¿Quién los apostoliza?

¿Quién es el valiente que se pone a ganar para Dios y para la paz y la unión con razones a quien no las da nunca; con buenos ejemplos a quien para todos ellos tiene un ridículo; con favores y mimos a quien está tan pronto para recibirlos, como para no agradecerlos, con buena cara a quien se insolenta con ella, con saludable rigor a quien contesta con exasperaciones iracundas a los que cree dominables, o con sumisiones fingidas a los que juzgan dominadores?

¿Cómo se puede hacer bien a estos pobrecillos indeseables?

Y como, al fin y al cabo, tienen alma redimida con la misma sangre divina que la mía, y como son prójimos y hermanos míos por la carne o por el espíritu, si yo amo de verdad a Dios, Padre nuestro, de ellos y mío, no puedo, no debo pagar la indeseabilidad de ellos con la indiferencia mía, ni mucho menos con la aversión o el odio, a que constantemente ellos están haciendo oposiciones con sus irregulares procederes.

¿Cómo se puede hacer bien a los indeseables?

5089. Y aquí surgen las tres **D** del principio con magnitud aterradora.

¿Cómo hacer bien al alma de un hombre o de una mujer (que no escasean las indeseables) que unas veces obran como si no la tuvieran y otras como si tuvieran dos o más, según la multiplicidad y posturas que adoptan?

¿No son esos desgraciados los que el Espíritu Santo definió con aquellas palabras: «El varón doble de ánimo es inconstante y embustero?».

Pero hasta un grado y con un tesón y fingimiento inconcebibles...

Y como todos tenemos indeseables en grado máximo o mínimo, por lo menos para postre de nuestras comidas, me limito a decir lo probado por la experiencia.

La receta del apostolado

5090. 1º El indeseable, chico o grande, es prójimo y hermano mío.

2º Mientras viva, pues, si es un enfermo curable del cuerpo o del alma, debo, por caridad, hacer algo para curarlo, y si incurable, por compadecerlo.

3º Por muy atinadamente que yo proceda, lo más probable es que mis palabras o mis obras le caigan mal; pero mis oraciones y sacrificios por él nos harán siempre bien a él y a mí, aunque ni él ni yo lo veamos. No hay calmante más eficaz para la venganza que rezar un Padrenuestro o hacer un sacrificio oculto por el que la provoca.

4º Para que aun mis palabras y mis obras le hagan siempre bien, aunque no me lo agradezca ni reconozca, me conviene conocer bien lo que es y tratarlo como si fuera lo que debiera ser, buen superior, buen súbdito, buen amigo, buen vecino, etcétera.

5º Dios no pide a mi apostolado fruto, sino trabajo con buena intención.

Y 6º Que desde el punto y hora en que el Corazón de Jesús, el más digno de ser deseado y querido de todos los hombres, ha venido a parar, por la rudeza y la injusticia de éstos, a ser el indeseado de los Sagrarios de la tierra, ¿no sería justo y útil que el tiempo que tuviéramos para indignarnos con los indeseables, lo invirtiéramos en compadecerlo y desagraviarlo...?

8. El apostolado de la sonrisa

Los apóstoles iban muy gozosos... *(Hch 5,45)*

5091. No me diréis que me he ido al fondo de las cosas terribles o difíciles para buscar el instrumento de apostolado que hoy hónrome en presentaros. ¡La alegría! ¡La sonrisa! ¿Qué os parece mi misionero?

Y, ¡cuidadito con que os creáis que a ese misionero está confiado sólo el negociado de los chascarrillos y donaires y le está vedado decir y enseñar cosas de provecho y hasta muy hondas!

Para el apostolado de la sonrisa no hay zonas vedadas; a todas partes debe y puede llegar ese gracioso apostolado, que pudiera llamar tan fructuoso como difícil.

Y para que nos entendamos mejor, comenzaré por definiros.

La sonrisa apostólica

5092. *Nace* de un corazón en paz con Dios y con los hombres y en guerra constante consigo mismo. San Juan Crisóstomo dijo que nada hay más violento, o que cueste más violencia, que la mansedumbre apostólica.

Se alimenta de Eucaristía y de este principio: La gloria y el cuidado de mí y de mis cosas para Dios, el trabajo de este instante para mí.

La *digestión y asimilación* de este alimento y principio produce un estado de alma en el que ésta no se ocupa ni preocupa más que de esto solo: hacer muy bien y muy en paz *lo de ahora,* lo que en este instante me pide Dios por medio de mi deber.

Y ese estado de alma habitual a la par que abre todas las válvulas del corazón para que por él circule en corriente libre el oxígeno de una sólida esperanza y de un sano optimismo, afloja todos los músculos duros y tirantes de la cara y dibuja en ella la más angelical y beatífica de las sonrisas.

Sonrisa que no es el gesto de la hipocresía ni de la ligereza, ni de la disipación, ni de la broma picante, ni del chiste a todo pasto, ni de la despreocupación... sino de la *cara buena* y del *alma buena.*

Lo difícil de la sonrisa apostólica

5093. ¡Que si lo es!

Primero, por la dificultad de sus padres, que, como he dicho, son la *guerra* constante con nuestras pasiones, nerviosidades y egoísmos, que son los que ponen las caras agrias, duras, tiesas y largas, y la *paz* con Dios y con los prójimos. ¡Con lo difíciles que son algunos mandamientos de Aquél y lo inaguantables que se ponen a las veces algunos de éstos...!

Y segundo, que es a su vez efecto de lo primero, por la facilidad de cambiar los términos del programita: *la gloria y cuidado para mí, el trabajo para Dios o para los demás.*

Y ¡claro! el buscar nuestra gloria nos trae el orgullo, la vanidad y la ambición con toda su familia de hambres sin saciar, de inquietudes sin descanso y de envidias corrosivas y el pechar con todos nuestros cuidados sin confiarlos a Padre Dios es meter en el corazón, en la cabeza y en la sensibilidad un torbellino de afanes, recelos, miedos, suspicacias, desasosiegos, capaces de poner triste, sombría y amarga la vida más llena de bienestares y elementos de felicidad terrena.

Y dicho se está, que si faltan los padres de la criatura, o sea, la sonrisa habitual, o a ésta le falta su alimento, se queda sin nacer o se muere presto.

Lo fructuoso de la sonrisa apostólica

5094. ¡El bien que puede hacer la palabra apostólica que sale al mundo acompañada de esa sonrisa! Diríase que es *aceite* que suaviza engranajes y quita chirridos y estridencias, que es *resplandor* de cielo irradiando sobre las sombras de nuestras tristezas y miedos.

Es *aroma* y es *dulzura* que obliga sin violencia a oler y a tragar lo desagradable y lo repugnante a nuestra sensualidad. Es lo difícil presentado fácil, lo grande de Dios, de su doctrina y de sus preceptos desmenuzado en pedacitos muy chicos, para que hasta los más pequeñuelos e inapetentes lo coman...

La sonrisa habitual del apóstol en lo próspero y en lo adverso, en lo que le halaga como en lo que le denigra; en la apoteosis como en el martirio, es el gesto más parecido al de Dios cuando nos mira a través de su cara de Niño de Belén, de predicador del sermón de las bienaventuranzas y de paciente Amigo que espera detrás de la puertecita dorada del Sagrario...

El libro de los *Hechos Apostólicos* nos describe la primera salida de la cárcel, después de haber sido cruelmente azotados los apóstoles, con estas tres palabras: *Salían muy gozosos.*

¡Sonrisa de los apóstoles de Jesús, que no te borras ni en las cárceles ni en los tormentos, sé el adorno imborrable de la cara de mis sacerdotes y de sus auxiliares las Marías y personas de celo, de mis seminaristas y de la mía!

9. El apostolado de las enhorabuenas

5095. Ved aquí un apostolado, al parecer fácil y hasta casi como de juego, y de hecho poco practicado, quizá por difícil.

En qué consiste

Sencillamente, en dar con *sinceridad* la enhorabuena a quien quiera que sea, amigo o enemigo, alto o bajo, conocido o desconocido, bueno o malo, por cada acción digna de ella que con *serenidad de juicio* les veamos realizar o sepamos ha sido por ellos realizada.

Y subrayo la *serenidad de juicio y la sinceridad* para prevenirme contra

El enemigo de este apostolado

5096. O sea el *amor propio.* Este bullicioso e inquieto vecinito nuestro dispara sus sentimientos de torpe y baja envidia, más de lo que nosotros podemos creer, con la toga de severo e imparcial crítico y riguroso depurador de los actos del prójimo, especialmente si lo tiene por igual o de poco superior categoría y está cerca...

Nuestro amor propio es muy pródigo en elogios y parabienes para con los que viven en la gran China o poco más allá y con los que vivieron en los tiempos de Maricastaña... ¡Ah! ¡Qué hombres aquellos! ¡Qué sabios! ¡Qué...!

Pero a medida que se van acortando las distancias en el tiempo o en el espacio se va también acortando la prodigalidad en el parabién...

¡Qué dificultosamente se da con *sinceridad* la enhorabuena al compañero de colegio o carrera por la buena nota a el ascenso ganado, al amigo por la buena noticia recibida y hasta diría al pariente por el encumbramiento a que ha sido elevado!... ¡Pícara condición humana, más propicia a *compadecer* en sus penas y derrotas a amigos y prójimos que a admirarlos en sus buenas acciones y a gozarse con sus alegría y triunfos!

Los frutos

5097. La práctica constante y generosa de este apostolado, ¡qué ricos frutos produce en el apóstol y en los *apostolizados!*

En el apóstol, ese estar alerta sobre las buenas cualidades, obras y ventajas, y no sobre los defectos del prójimo, para alabarlas y gozarse en ellas, es una trituración constante del amor propio y de su hija natural la envidia y a la vez un adelgazamiento y refinación de la caridad, que mientras más benigna en el pensar, en el sentir y en el hablar, más caridad es.

Y en el *apostolizado*, porque, a la corta o a la larga, en esa sinceridad, nobleza y benevolencia tan desinteresada, con que es aplaudido y agasajado por su amigo o su enemigo, tiene que reconocer la caridad fina de Cristo y dejarse prender por sus lazos.

Un ejemplo

5098. Y que vale por una gran prueba.

El Maestro divino, en el momento quizá más negro de su pasión, cuando recibe el beso del apóstol traidor, todavía tiene para Judas una palabra buena, la palabra de ¡amigo! y una acción mejor, la de dejarse besar por aquella boca sacrílega y fementida.

Si el Maestro encuentra todavía razón para aquella palabra y aquella acción, ¿nos parecemos a Él cuando andamos regateando elogios, y esquivando atenciones a los prójimos con los que tan pródigos somos en censuras y severos juicios?

Corazón grande y generoso que palpitas en la Hostia callada del Sagrario: ¡que los corazones, que te tocan cada día o muchos días, se hagan cada vez más grandes y generosos en regatear censuras envidiosas y en prodigar alabanzas y enhorabuenas...!

10. El apostolado de la piedad casera. Lo que enseñaba un maestro

5099. Decía un maestro mío que el pueblo andaluz era tan intensamente piadoso, que en un puesto de verduras, en cinco minutos, se hacían más invocaciones jaculatorias a Dios que en un convento de religiosas extranjeras en un día entero.

Y lo probaba con el siguiente diálogo cogido al azar de cualquier puesto de nuestras plazas de abastos:

-¿A cuánto están las *papas*?

-A cuatro gordas, hija.

-¡El *durcísimo* nombre de *Jezú!* ¡Ave María Purísima! ¡Aplaca, Señor, tu ira!... ¡Ni que fueran las *papas pa* el rey *Heroe o pa Ponsio Pilato...!*

-Dios me libre de *tené* cuenta con estos herejes, ¿te enteras?, que las *papas* están a cuatro gorda *pa lo cristiano* por la *grasia* de Dios y de nuestro *Señó* Jesucristo... que *sabe tú que jasta pierdo* casi el dinero de mano a mano.

-Permita *Dió* que lo que tú pierda me lo *jaye* yo... ¡ay! ¡padrecito de mi *arma!* ¡Que no se va pudiendo ya *comé ni papa en paseo!*

Y contraponía mi maestro a esta escena en esa y parecidas formas repetidas en las que el nombre de Dios y el recurso a Él y a los motivos sobrenaturales brotan a cada paso, escenas de sorpresas, sustos, admiraciones ocurridas en otros países y aun entre personas religiosas y lo más que obtenían de los sorprendidos, asustados y admirados era un, ¡oh! un ¡ah! o un ¡uf! más o menos prolongado y sostenido.

Lo que se va echando de menos

5100. Tenía nuestro pueblo tan metido en su entraña el sentir cristiano, el espíritu de fe, el criterio sobrenatural, que cuanto veía, oía, sentía y entendía era siempre al través de esa fe viva visto, oído, sentido y entendido.

Así, para la noticia triste de uno que caía enfermo tenía al punto en su boca la frase y la oración: «el Señor lo alivie»; para la noticia del agonizante, la de «el Señor lo recoja en buena hora»; para la de la muerte, la de «el Señor le dé la gloria», y miles parecidas.

Para expresar la admiración o la sorpresa, el ¡Dios mío! ¡Jesús! ¡Ave María Purísima! ¡santo Dios! para atraer la compasión o manifestar la gratitud, el «por amor de Dios», «Dios se lo pague», «por

las ánimas benditas»; «por la salvación de su alma», a más de las cristianísimas formas para el saludo y la despedida, los pésames y las enhorabuenas, como el «Dios guarde», «alabado sea el santísimo Sacramento», «Ave María», «santos y buenos días nos dé Dios», «quede usted con Dios», «que el Señor nos reúna en el cielo», «si Dios quiere», «Dios mediante» y miles y miles de frases tan corteses como castizas, tan cristianas como finas con que nuestro pueblo embalsamaba y ungía con unción de hermoso y esperanzador sobrenaturalismo su conversación, sus sentimientos y su vida.

La piedad casera

5101. Ésa, ésa es la piedad excelsa que une y estrecha a los hijos con su Padre Dios hecha manjar y bebida y respiración y perfume y adorno y encumbramiento de los cristianos.

Ésa es la piedad que yo llamo casera y que tanto se va echando de menos en los hogares cristianos y porque se va echando de menos, se va echando de más la peste del laicismo y del naturalismo en el hogar formado por gentes que todavía se llaman cristianas y hasta piadosas...

¡Qué feos, fríos, prosaicos y pesados los hogares descristianizados!

Y ¿los apóstoles?

5102. Hacen falta apóstoles discretos, pero tenaces, que con la gracia y naturalidad del aire propio y la espontaneidad del espíritu de familia y con las finas y santas ingenuidades de las almas apostólicas trabajen por la vuelta de la *piedad casera* a la conversación, a las expansiones y a las manifestaciones de la vida del hogar.

Hacen falta apóstoles menudos y anónimos que sugieran el rezo del responso junto o al paso de un cadáver, del ángelus y de las ánimas a su hora, de la bendición y acción de gracias de la comida, del santo rosario en familia, de la invocación piadosa o jaculatoria en el momento oportuno...

Apóstoles de la piedad casera, sin sermones ni excomuniones, con caras buenas e ingenios agudos ¡cómo podéis trabajar por la vuelta de Jesús al hogar!... ¡Al hogar de donde lo va echando el nuevo paganismo que les va entrando en el vestir, en el hablar, en el sentir y en el vivir a los viejos cristianos!...

11. El apostolado de las dos varas, ¿media o entera?

5103. Hace muchos años, cuando comenzó a alarmarnos la irrupción de la poca tela y del poco pudor de las mujeres con las faldas *entrevés* y cortas y las desnudeces de pecho y brazos, creí yo poner una *pica* en *Flandes* proponiendo a los amantes de la vergüenza el *apostolado* de la *media vara*... de tela a los trajes que se iban acortando y encogiendo.

Al cabo de una porción de años de crecientes e inverosímiles acortamientos y encogimientos de tela y... de pudor, debo confesar que el apostolado de la *media vara* debe ser abolido por del todo insuficiente y sustituido por el de la *vara entera* y... no permita Dios que llegue a hacerse necesario el de las *dos varas.*

¡Que al paso que vamos, los salvajes de las selvas van a estar más cubiertos que nuestras elegantes civilizadas!

Las dos varas

5104. Y ¡vaya! que para que no me tomen la delantera esta vez, desde luego, me decido por el *Apostolado de las dos varas...* ¡pero no de tela las dos! y permitidme que me enfade, que motivos sobran para arder de indignación.

Dos varas, a saber: una *real* de tela para empalmarla a tanto *medio vestido* de niña y de mujer semidesnuda, y otra... ¿lo diré sin que se me asusten ni escandalicen mis sensibles y susceptibles aludidas?... otra simbólica, o sea, de *corrección* ¡así! que *mida* y *decore* las espaldas de tanto padre y marido y jefe que tolera, permite, aprueba, si no llega a imponer tiranamente a sus respectivas hijas, mujeres y súbditas la desnudez impúdica y bochornosa de la moda triunfante.

¿Razones?

5105. Y si la alarma que os levanta el apostolado propuesto os deja todavía con ganas y serenidad para pedir y entender razones, os diré que el empleo de la *primera vara*, o sea, la de tela, no tiene duda que está justificadísimo y que es urgentísimo, si no es que la pobre sociedad en que nos ha tocado vivir está llamado ya a sumergirse en los lagos de pestilente betún de Sodoma y Gomorra...

Y el empleo de la segunda, la de corrección, llámese multas, cárcel, exoneración de derechos civiles y familiares, inhabilitación social, algo que suprima y castigue esa ausencia de hombría, esa deserción de deberes elementales y sagrados, esa degradación y rebajamiento de carácter, esa incomprensible y monstruosa complicidad con la insensatez y la locura, ese trocar el alto oficio de padre y esposo, sacerdote del hogar, modelador de almas y forjador de caracteres, por el de paseantes y expositores de muñecas costosas, barnices, pinturas, bisuterías y *dinamitas* destructoras de la pureza y el pudor...

5106. Condeno hechos y salvo las intenciones que a Dios sólo toca juzgar. Pero ante el hecho, hasta nuestros tiempos nunca visto, de la desnudez impúdica y provocativa de la esposa y la hija (sin duda más vanidosas y alocadas que malas), paseadas, exhibidas, y llevadas a bailes inverosímilmente indecorosos y repugnantes por los propios complacientes maridos y papás, hay que repetir la palabra del Espíritu Santo a los padres de familia: «El que perdona la vara, odia a su hijo».

Y si sobre los hijos y los que del padre dependen no hay quien asiente ni esgrima la vara de la debida corrección, es preciso, es urgente que por quien tenga autoridad sobre los padres se impongan correcciones saludables y enérgicas que corten y remedien el mal de la moda impúdica que está minando los mismos fundamentos de la familia y de la sociedad.

Un caso fulminante de vara simbólica

5107. Los que lo presenciaron me cuentan un caso que bien merece ser consignado por la cruda ejemplaridad que reviste.

Suben y entran en un tranvía un señor dando el brazo a una señora a la última moda de ropa de menos, coloretes de más y ausencia total de recato y pudor.

Se sientan frente por frente a un veterano malagueño de tantos años como buen humor, que desde que entra la elegante no deja de mirarla desde los pies a la cabeza, con mirada entre socarrona y alarmada.

Molesto por la insistencia del mirar, el que parecía marido, en el más agrio y descompuesto de los tonos, dice al curioso vecino:

-¿Qué mira usted?

Y sin descomponerse el interrogado y trocando la socarronería de la mirada en severidad de tono, responde:

-Caballero, miro *lo que usted me deja ver...*

Un risa estrepitosa del público móvil y un ¡pare usted! dicho en seco al conductor por el descompuesto y mohino caballero, fueron el eco del *estacazo* tan oportunamente propinado al complaciente marido como incumplidor de sus deberes conyugales y sociales...

¡Apostolado de las dos varas... Apostolado de la vergüenza...!

5108. ¡Con qué prisa, con qué urgencia debe extenderse y aplicarse ese apostolado!

Yo, que muchas veces he creído que el mundo se acababa por *falta de calor* de caridad y *sobra de frío* de egoísmo, hoy estoy convencido de que se acaba, se muere y se pudre y se lo comen los perros y los gusanos por *¡indigestión de lujuria y anemia de vergüenza!*

....

5109. Almas temerosas de Dios y que *aún hacéis caso* de vuestros confesores, de vuestros obispos y del Papa, ¡a empuñar la vara que podáis, de *tela* para cubrir desnudeces grandes o chicas, primero en vosotras y después en los demás, y de *corrección* para impedirlas, cortarlas o desagraviarlas! Almas de Marías, de religiosas, de madres e hijas de familia, *todavía* buenas, que sentís pena de ver a Jesús tan lastimado y abofeteado por *manos* de *mujer* y ¡quizá como nunca lo hay sido! orad, mortificaos, ofreced desagravios, y, el mejor de todos, vuestro corazón y vuestra vida lo *más purificados* que podáis.

¡Se *siente tan avergonzado Jesús sacramentado entre tantas desvergüenzas!* de ¡HIJAS SUYAS!... ¡Os lo aseguro!

12. El apostolado de la buena cara

5110. «Cuando ayuneis no os pongáis caritristes como los hipócritas, que desfiguran sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan. En verdad, os digo, que ya recibieron su galardón.

Tú, al contrario, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava bien tu cara[4].

Conocéis, sin duda, el apostolado de la buena palabra, predicada o escrita; pero el de la *buena cara,* ¿verdad que no estaba *catalogado?*

Pues allá voy a ver si lo consigo con estos rengloncillos.

Si el refrán popular enseña que el mejor partido que se puede sacar del *tiempo malo* es ponerle *cara buena,* una experiencia larga y nutrida me ha enseñado que no sólo del tiempo malo se puede sacar partido con esa simple receta, sino de otras muchas más cosas y aun personas.

Qué es

Y ante todo, lector amigo, hágote saber que esa *buena cara* de este menudo apostolado no es la cara buena de los *tontos o bobalicones* que a todo dicen *amén,* ni la de los *payasos,* que de todo sacan risa; ni la de los *burlones,* que todo lo convierten en tijeras; ni la de los *caramelosos,* que chorrean almíbar hasta el empalago...; no, esas caras no las quiero yo para mis menudos apóstoles.

5111. La cara *buena* de mi caso es una cara, ante todo, *muy natural* (claro, a fuerza de fuerza sobrenatural), con un *par de ojos* abiertos para mirar con benevolencia a todo el que me busque. Con un *par de oídos* dispuestos a oír con *interés* a todo el que me quiera hablar. Con *una boca* ni arrugada ni estirada por males de genio, de nervios o de humor, sino pronta a entreabrirse para dejar pasar una sonrisa que venga a decir, sin decirlo, algo de esto: ¡Qué bueno es usted! ¡Qué interesante su conversación! ¡Qué ganas tengo de servirle! ¡Qué gracia me hace usted!, y esto *a pesar* de la

[4] Mt 5, 16-17

revolución de bilis, de nervios o de sangre que las majaderías, insulseces o injusticias, durezas, oídas o presenciadas, levantan o provoquen, y multiplicado por tantas horas cuantas tiene el día y tantas personas agradables o desagradables y tantos asuntos gratos o ingratos que me busquen u ocupen...

¿Qué os parece mi cara? *Buena,* pero... *cara* ¿verdad?

Lo que cuesta

5112. ¡Ahí es nada! Como el *celo* es la *llama* del *fuego* de la caridad del apóstol, la *buena cara habitual* es la *flor* del *roble* de la *fortaleza* apostólica.

¡Con cuánta razón decía san Juan Crisóstomo, que hablaba de lo que por él pasaba: *nada más violento o fuerte de conseguir que la mansedumbre apostólica!*

¡Vaya si cuesta *cara* esa *buena cara de todas las horas!*

Lo que produce

En compañía de otros apostolados y solo.

Acompañado: Es de tal eficacia esta buena cara, que sin ella los otros apostolados, los clásicos, el de la palabra y el de las obras, se exponen a la esterilidad, si no caen en ella.

Un apóstol, un misionero, un propagandista con toda la elocuencia que queráis y hasta con el don de milagros, pero con cara de pocos amigos, con ojos acusadores, con oídos indiferentes a lo que escuchan, con gesto o aburrido o avasallador ¿verdad que tiene mucho andado para una plaza de *predicador en el desierto?*

Solo: Ponedlo en medio del pueblo o grupo más indiferente u hostil al sacerdote o al apóstol. Decidle que ponga su *mejor cara* para el pequeñuelo que alborota o le tira piedras, para el altanero transeúnte que no le responde al saludo, para el impío que ha jurado comérselo crudo, para el calumniador que a todas horas lo muerde, para el empalagoso que lo asedia y abruma... es poco orador y predica torpemente, es pobre y no tiene qué dar, carece, si se quiere, hasta del atractivo de una figura, es feo... pero, pero dejad que las gentes, las buenas, las malas y las regulares se den cuenta de su cara *siempre, y, a pesar de todo, buena,* y ya me diréis de quién es el triunfo.

5113. Jamás falta el triunfo al que se *vence hasta el fin.*

Y éste es, precisamente, el apostolado de la buena cara.

Lo que renta

5114. ¡Vaya si renta interés una cara bien administrada!

Y lo renta en la tierra y en el cielo.

En la tierra cuenta con la *bienaventuranza* ofrecida a los *mansos:* la posesión de la tierra o de los corazones de los que viven en la tierra que, al fin y a la postre, acaban por rendírsele.

Y en el cielo, ¡allí sí que le esperan pingües ganancias!

5115. Cuando el Maestro daba el precepto de la *buena cara* a los que dan limosna, oran y se mortifican, según el capítulo sexto de san Mateo, a cambio de esas ocultas, silenciosas y generosas abnegaciones y victorias de sí mismo, ofrecía este regaladísimo y sabroso premio: *vuestro Padre, que ve en lo escondido, os pagará.*

¡La mirada complacida del Padre que está en los cielos descansando e irradiando por los siglos de los siglos sobre la cara buena de su apóstol!

¿Qué más premio?

Maestro de la cara buena de todas las páginas del Evangelio y de todas las horas de Sagrarios de la tierra ¡que te imitemos!

13. El apostolado de dar la razón a los que mandan.
El nombre

5116. Rarillo, ¿verdad?, pero en un momento quedará disuelta la rareza.

Han de saber ustedes, señores y amigos lectores, que una de las cosas que voy aprendiendo en mi ministerio de tratar y salvar prójimos, es que a la mayor parte de ellos les cuesta más trabajo *dar la razón a otros que dar el dinero.*

Y ¡cuenten que hay *epidemia* de bolsas y manos cerradas!

¡Dar la razón!

Ahí es nada la generosidad que esa dádiva supone en la mayor parte, y casi diría en la totalidad del género humano civilizado y... ¡no digo nada del por civilizar!

Y *dar la razón* a los que están un dedo más alto que nosotros, con prontitud y sinceridad, sin reservas ni recámaras de segundas o terceras intenciones... ¡heroísmo, heroísmo!

Lo razonable y lo no razonable

5117. Ante todo advierto que el apostolado que ahora preconizo no es apostolado de dar la razón a troche y moche, ni a ojos cerrados.

El negar la razón a lo no razonable puede ser tan meritorio como darla a lo razonable.

El error, el vicio, el escándalo y lo que envuelve peligro de unos u otros males, expóngase por quien se exponga, por alto que esté y preséntese como se presente, no merece más que esto sólo: desprecio y reprensión.

Pero fuera de lo no razonable, ¡cuántas cosas razonables se dicen y hacen por nuestros superiores que no sólo no logran el agasajo de nuestra razón sino que tienen que sufrir el arañazo, el desplante o la burla de nuestra contrariada, mohina y descontentadiza razón!

Y no se diga que son cosas del otro jueves o de las que depende el equilibrio europeo contra las que nos *ensañamos* (ésta es la palabra harta veces), quitándoles la razón, sino minucias y nonadas y, cuando más, manifestación de opiniones o sentimientos personales para las que no nos piden voz ni voto, ni nos dan arte ni parte.

¿No habéis observado, por ejemplo, con qué calor y enfado solemos negar o discutir la razón que nuestro pariente, amigo, vecino y transeúnte tiene para ir quejándose o riéndose, vestido de blanco, de negro o de verde, mirando hacia arriba o hacia abajo, diciendo que hace buen tiempo o malo y una lista de etcéteras interminables y de cosas tan *transcendentales* como las de la lista anterior?

Pues bien, si ese prójimo discutido tiene la *suerte* de ser *superior,* ¡que busque impermeable o coraza para defenderse del chaparrón de discusiones sobre sus gestos, dichos, actos, intenciones y hasta asomos de intención!

Yo creo que hay hombres y mujeres para los que el día más feliz de su vida sería aquel en que se convencieran de que en todo el mundo nadie *llevaba razón más que ellos...*

Una nueva clase de avaricia

5118. Y ahondando un poco en la psicología de este fenómeno tan extendido y tan intenso, de esa fuerte propensión del corazón humano a *quitar* o *no dar razón,* me inclino a establecer una nueva clase de *avaricia: la de no dar la razón,* como la hay de no dar dinero.

Sus leyes

5119. ¡Así! ¡leyes orgánicas de avaricia!

En general, con más fuerza, tesón y, hartas veces diría, con saña, se niega la razón a un superior que a un inferior, a un superior próximo que a un lejano...

Quizá pudiera establecerse una ley parecida a la de la *atracción universal;* como ésta se ejerce en proporción directa de las masas e inversa del cuadrado de las distancias, la *avaricia de razón* se ejerce en proporción directa con las categorías e inversa con las distancias; esto es, que mientras *más categorías* tiene sobre mí un prójimo, más *ganas o más avaricia* me entra de quitarle la razón de cuanto dice, dispone, opina, aconseja o hace y que mientras *más lejos* de mí en tiempo o en espacio está ese superior, *menos ganas o avaricia* siento de quitarle la razón.

¿Qué os parece la formulita?

¡Casi, casi estoy por gritar el *Eureka* de Arquímedes al dar con su famosa ley del peso específico de los cuerpos...!

¿Pruebas?

5120. Al alcance de la más modesta fortuna intelectual están cuantas se quieran y del calibre que se deseen.

¿Quién ordinariamente *da* menos *la razón* a un padre o a una madre, que saben y quieren serlo de verdad? ¿Los vecinos de enfrente? ¿El barrendero de la calle? ¿Los habitantes de la luna? ¡Ca! ¡ca! ¡Sus propios hijos y sus propias hijas!

Ya pueden esos buenos papás pedir a sus hijos besos, caricias, palabras buenas y hasta sacrificios de comodidad y de dinero y los obtendrán con facilidad... ¿pero que les *den la razón* en cuanto les mandan o les prohíben, singularmente en puntos de amistades, modas, espectáculos, lecturas?

¡Son tan *antiguos*, tan *maniáticos,* tan *machacones*, tan intransigentes, tan... nuestros papás!...

¿Verdad, niños y niñas, mozos y mozas?

En cambio, los papás y las mamás de los Estados Unidos y de la gran China, ¡qué gente tan razonable! ¿Verdad?

5121. Y en vez de papá y mamá, poned rey, presidente, archipámpano, rector, superior, maestro, jefe de cualquier grado, y en vez de hijos e hijas poned los respectivos súbditos y contad que la ley de las masas y de las distancias en la *avaricia de no dar* la razón a los respectivos jefes se cumple en una enormidad de casos por los respectivos súbditos, quizá con más exactitud que la misma ley de atracción de los cuerpos.

Jamás se me olvida la frase de profunda psicología en que una gran persona que había ejercido autoridad muchos años condensaba sus experiencias:

-«Mire usted -decía a un superior que se lamentaba de la indocilidad y dureza de sus súbditos- no se apure, de ordinario, para los súbditos, *el mejor superior es el* PENÚLTIMO».

¿Veis la ley del *cuadrado de las distancias...?*

Un capítulo de cumbres

5122. Suponed que todos los que han sido puestos por Dios para mandar en cualquier orden o esfera de la vida pudieran celebrar capítulo o asamblea con el consabido fin de obtener *mejoras de clase...*

Como es tan penoso este oficio de mandar a gente tan desmandada como esta inquieta familia de Adán y Eva, yo propondría este tema previo: «Declaren qué prefieren los gobernantes de sus súbditos, ¿su dinero? ¿sus honores y reverencias? ¿sus halagos de buenas caras y palabras dulces?

¿su razón?», y yo estoy seguro, segurísimo, de que el *capítulo* se pronunciaría con unanimidad aplastante por esta conclusión: «CON QUE SINCERAMENTE NOS DEN LA RAZÓN nuestros respectivos súbditos, siempre que no conste de modo *evidente* que no la llevamos, tenemos bastante».

¡Pobres superiores, víctimas predilectas de la *avaricia de razón* de sus subordinados...

¡Y de las uñas y dientes afilados por esa avaricia; y de las babas y salivas por ella envenenadas y escupidas!

¡Pobres buena fama, buenas intenciones, buena fe, buena voluntad de los que mandan, condenadas a arañazos y mordiscos perpetuos de sus avaros súbditos!

El remedio

5123. Contra el mal del amor propio, que no es otro ese taimado y levantisco *avaro en dar razones,* el remedio de la justicia, el de la caridad y el de la humildad de un corazón sinceramente cristiano y piadoso.

Y ante mi afán desordenado de comentar en público o a mis solas cada orden, precepto o consejo del que está sobre mí o junto a mí con el gesto de la desconfianza o de la rebeldía, la mueca de la burla o del ridículo con la palabra de la duda, discusión o tergiversación de las intenciones rectas... Frente a ese afán inconsiderado y temerario de mi amor propio, la inclinación habitual de mi espíritu a aceptar *generosamente* la determinación, el consejo, el aviso, el ruego de mi superior.

Las leyes del remedio

5124. Como es natural, han de ser a la inversa de las del mal que se trata de curar.

Si la *justicia* me dice que mi superior tiene más asistencia de Dios y más abundancia de elementos de juicio para acertar mandándome, que yo para censurarlo, a *más categoría* sobre mí, más generosidad en darle la razón.

Si la *caridad,* que debo a los que, como superiores hacen de padre conmigo, me dice que se duele y se resiente harto con las discusiones, riñas y recelos de mi inconsiderado y altanero proceder, de quitar la razón a los que tengo más cerca, la misma caridad me pide que a *más proximidad menos avaricia* en dar la razón.

La *humildad,* por último, me dice que debo recelar siempre de mi propio juicio, y, por consiguiente, fuera de los casos en que tengo certeza sobrenatural o natural, no romper lanzas con altos, bajos ni iguales, por quitarles su razón o imponerles la mía.

Apostolado menudo

5125. llamé a éste al principio y tentado estoy de elevarlo a *grande, inmenso,* al cerrar estas reflexiones.

¡Cómo están pidiendo a gritos la paz de los pueblos, de las familias, de las comunidades, hermandades y agrupaciones de hombres y la amistad de los corazones y el buen orden de la vida la intervención y multiplicación de los *apóstoles de dar la razón* y por medio de su apostolado el apaciguamiento, el consuelo, la rehabilitación, la concordia, la cordialidad de las almas heridas y lastimadas por esta funesta *avaricia de no dar la razón* al que manda!

5126. Corazón de Jesús, tan generoso en dar la razón al César en lo que es del César y tan sereno y apacible en negarla en lo que no lo es, multiplica entre tu pueblo los menudos apóstoles de dar la razón al que en tu Nombre manda...

14. El apostolado del amén

> «No se debe hacer lo que es malo por ninguna cosa del mundo, ni por amor de alguno; más por el provecho de quien le hubiere menester, alguna vez se puede interrumpir la buena obra o también emprender otra más perfecta.
> De esta suerte no se deja de obrar bien, sino que se muda en mejor.»
> *(Imitación de Cristo, lib. I, cap XV)*

Apostolado bueno

5127. Éste sí que es el Apostolado de las tres **B:** ¡Bueno, bonito y barato!

Bueno, como fundado, adornado y aliñado con la caridad humilde del que ríe con los que ríen, llora con los que lloran, arde con los que se queman y está presto a sufrir cualquier quebranto por no dárselo a su prójimo.

¡Vaya si es bueno pasarse la vida repartiendo *amenes* a amigos y enemigos, conocidos o desconocidos, altos o bajos y con todos los que hayamos menester tratar sin más límites que el que la justicia marca!

El *apostolado del amén* es tener para todo gusto lícito del prójimo que tratamos, para toda opinión en materias opinables, hasta para cualquier capricho inocente o indiferente, un *amén* de apacible, cariñosa y sincera conformidad o deferencia respetuosa, al menos.

Y esto por una doble razón, de justicia, la una, y de caridad, la otra.

5128. Por justicia yo no debo oponerme a los gustos, opiniones y aun caprichos no malos de mi prójimo y, además, obligarle o forzarle a que acepte los míos, que es en definitiva a lo que tiende toda discusión o diatriba, porque ni Dios ni autoridad ninguna me han impuesto ese deber, pues se trata de personas sobre las que no tengo obligación de ejercer el oficio de corrector o educador y de cosas que en definitiva pueden ser como las ve mi prójimo y no como yo las veo y juzgo, y por caridad, conforme al viejo refrán de que «más se alcanza con una dedada de miel (que a eso equivale la condescendencia de mi amén) que con una cuba de hiel» (que no a otra cosa vienen a parar las discusiones de los gustos y opiniones de los que trato).

Apostolado bonito

5129. Por las fealdades que impide y por las belleza que aporta.

Fealdades: ¿Han visto ustedes una cosa más fea que una cara iracunda o descompuesta por una discusión?

Yo recomendaría a los aficionados a salirse con la suya a todo trance y a fuerza de notas altas y caras feas, el uso de un espejito de bolsillo para estos casos: ¡les auguro el remedio eficaz!

Y si la cara se pone tan fea y a su vez es el espejo del alma ¿me queréis decir cómo se pondrán las almas de los porfiados y tercos mantenedores de sus pareceres y opiniones? ¡No hay placa que resista esa fotografía!

Bellezas: En cambio ¡qué irradiación de paz, dominio de sí mismo, caridad atrayente y simpatía proyecta el amén prodigado afable y discretamente a esos mil tropiezos que el genio, los nervios y el amor propio de los demás nos regalan cada día, y cuando la naturaleza del tropiezo no lo permita sin mengua de nuestra conciencia, un gesto, al menos, que expresando la disconformidad insinúe deferencia y respeto al contrario!

Todo lo que de atracción, bondad y hasta acatamiento pone esa prodigalidad del amén para con los prójimos que tratamos, pone de repulsión, si no de grotesca ridiculez, el *pero* o el *contra* de los eternos contradictores.

Éstos están para siempre ridiculizados en esta frase: Señores, señores, -se supone que dicen al llegar a cualquier reunión de conocidos-, que yo digo lo contrario de lo que ustedes, estaban diciendo... ¿qué decían ustedes?...

Y apostolado barato

5130. Tan barato, que al paso que otros apostolados exigen hacer o decir algo, este del *amén* precisamente exige lo contrario: *no hacer y no decir.* ¿Cabe más economía de fuerzas, tiempo y dinero?

Ahora, que como este no hacer ni decir lo impone, no la *comodidad* de no molestarse por nada ni por nadie, ni la *complicidad* cobarde o interesada del que se busca a si mismo, ni la *bonachonería* de pasar por todas, sino la *caridad* que, ante todo, ha de ser *paciente y benigna,* como la definió san Pablo, ese *no hacer y no decir* de nuestros *amenes,* si es verdad que no cuesta fuerzas, ni saliva, ¡vaya si cuesta a las veces tragar de ésta y violentar aquéllas para que no se nos ponga la carita propia del espejo de marras!

En suma

5131. Que si muchos *amenes* de oraciones al cielo llegan, según reza el adagio, muchos amenes de estos vencimientos propios, por caridad a nuestros prójimos, a éstos y a nosotros al cielo pueden llevar.

Un reparo

5132. ¿No podría usted darnos una regla del uso de estos amenes para que no degeneren en complicidades culpables?

Sí, amigos: mientras nuestros amenes no se opongan al *amén* que rezamos después del *credo* y del que rezamos después de los *mandamientos,* ¡echen ustedes amén a opiniones, gustos, caprichos y hasta majaderías de sus prójimos! ¡Sin miedo y por caridad!

¡Amén!